

silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano, para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: queréis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oídos, y alma turbada, me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. ¡Oh! quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. Advierte, que el decir tú, sí, y el acabármeme la vida, ha de ser todo á un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! qué quieres? qué pretendes? considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus desseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que habia de hacer lo que no hice. Ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme si tuviera corazon para ello, como le tengo para quejarme. En fin, pues fuí entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco. Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: Sí quiero; y lo mesmo dijo don Fernando, y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano

sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir, cual quedé yo, viendo en el sí que habia oido burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promessas de Luscinda, impossibilitado de cobrar en algun tiempo el bien que en aquel instante habia perdido. Quedé falto de consejo, desamparado, á mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentó de manera que todo ardia de rabia y de zelos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le dicesse el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla, con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviesse. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré á salir, ora fuesse visto ó no, con determinacion que si me viessen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora. Pero mi suerte, que para mayores males (si es posible que los haya) me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrasse el entendimiento que despues acá me ha faltado; y assí, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio fuera fácil tomarla) quise tomarla de mí mismo, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian; y aun quizá con mas rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida.

En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro á miralla: y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Díle títulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida; pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la habia cerrado los ojos de la voluntad para quitármela á mí, y entregarla á quel con quien mas liberal y franca la fortuna se habia mostrado: y en mitad de la fuga destas maldiciones y vituperios, la disculpaba, diciendo: que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre á obedecerlos, hubiesse querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo á un caballero tan principal, tan rico y tan gentil hombre, que á no querer recibirle se podía pensar, ó que no tenia juicio, ó que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinion y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogermé tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecérseles don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar á dessear, si con razon midiessen su desseo, otro mejor que yo para esposo de su hija, y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que yo ya le habia dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara á fingir en este caso. En fin, me resolví en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion

y desseos de grandezas hicieron que se olvidasse de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos desseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres días sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hacía donde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hacía esta parte. Luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta: ó lo que yo mas creo, por desechar de sí tan inútil carga como en mí llevaba. Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriesse. De aquella manera estuve no sé que tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y como estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo he sentido en mí, despues acá, que no todas veces le tengo cabal, sinó tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando, y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sus-

tentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo, y así aunque entónces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el desseo de apetererlo y la voluntad de tomarlo. Otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera passo mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirle á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Lusinda y del agravio de don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sinó rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es ¡oh señores! la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mí habeis visto. Y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razon os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lusinda; y pues ella gusta de ser agena siendo ó debiendo ser mia, guste yo de ser de la desventura pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso con su mudanza hacer estable mi perdicion; yo querré con procurar perderme hacer contenta su voluntad, y será ejemplo á los por venir de que á mí solo faltó lo que á todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en mí es causa de mayores sentimien-

tos y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia. Y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó á sus oídos, que en lastimados acentos oyeron que decia lo que se dirá en la cuarta parte desta narracion; que en este punto dió fin á la tercera el sabio y prudente historiador Cide Hamete Benengeli.



# CUARTA PARTE

DEL

INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.



CAPITULO XXVIII.

*Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y barbero sucedió en la mesma sierra.*

**E**LICÍSSIMOS y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacísimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinacion como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta órden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la dulzura de su verdadera historia, sinó de los cuentos y episodios della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos que la misma historia: la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que assí como el cura comenzó á prevenirse para consolar á Cardenio, lo impidió una voz que llegó á sus oídos, que con tristes acentos decia desta manera:

¡Ay Dios! si será possible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pe-

sada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Sí será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuan mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no á ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte passos cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sinó dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Sorprendióles la blancura y belleza de los piés, pareciéndoles que no estaban hechos á pisar terrones, ni á andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño, y assí viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba adelante, hizo señas á los otros dos que se agazapassen ó escondiessen detrás de unos pedazos de peña que allí habia: assí lo hicieron todos, mirando con atencion lo que el mozo hacia, el cual traia puesto un capotillo pardo de dos aldas, muy ceñido al cuerpo con una correa blanca. Traia assí mesmo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda: tenia las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecian. Acabóse de lavar los

hermosos piés, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable, tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sinó divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos, que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era mujer, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aun los de Cardenio, sinó hubieran mirado y conocido á Luscinda, que despues afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debajo de ellos, que sinó eran los piés, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia; tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los piés en el agua habian parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual en mas admiracion y en mas desseo de saber quién era, ponía á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento y ruido que hicieron de ponerse en pié, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asíó con mucha presteza un bufeto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbacion y sobresalto: mas no hubo dado seis passos, cuando no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el

cura fué el primero que le dijo: Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para que os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondía palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano el cura prosiguió diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren; señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en hábito tan indigno, y traídola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, sinó para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intencion se le dá al que lo padece. Assí que, señora mia, ó señor mio, ó lo que vos quisierédes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien assí como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas. Mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dijo: Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde sería fingir yo de nuevo ahora lo que si se me creyese, sería mas por cortesía que por otra razon alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento

que me habeis hecho, el cual me ha puesto en obligacion de satisfaceros en todo lo que me habeis pedido: puesto que temo que la relacion que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasion, la pesadumbre, porque no habeis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este trage, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar, la que tan hermosa mujer parecía, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura; y tornándole á hacer nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliesse, ella sin hacerse mas de rogar, calzándose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera:

En esta Andalucía hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor, heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor, no sé yo de que sea heredero, sino de las traiciones de Vellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su

estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan ricos, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija: y assí por no tener otra ni otro que los heredasse, como por ser padres y aficionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos, de los cuales por ser ellos tan buenos, los míos no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, assí lo era de su hacienda. Por mí se recibian y despedian los criados: La razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia passaba por mi mano: Los molinos del aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia, y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo: los ratos que del día me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayores ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necessarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.

Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentacion ni por dar á entender que soy rica, sinó porque se advierta cuan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á missa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas veian mis ojos mas tierra de aquella donde ponía los piés, con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad por mejor decir, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del duque que os he contado. No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, quando á Cardenio se le mudó el color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de quando en quando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quien ella era, la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia diciendo: Y no me hubieron bien visto, quando (segun él dijo despues) quedó tan preso de mis amores quanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad. Sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y de regoci-

jo en mi calle, las noches no dejaban dormir á nadie las músicas. Los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promessas y juramentos; todo lo cual, no solo no me ablandaba, pero me endurecia de manera como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reducirme á su voluntad hacia, las hiciera para el efecto contrario: no porque á mí me pareciesse mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviesse á demasía sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece á mí, que siempre nos da gusto el oír que nos llaman hermosas. Pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos contínuos que mis padres me daban, que ya muy al descubier- to sabian la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decíanme mis padres que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama, y que considerasse la desigualdad que habia entre mí y don Fernando, y que por aquí echaria de ver que sus pensamientos (aunque él dijese otra cosa) mas se encaminaban á su gusto que á mi provecho. Y que si yo quisiesse poner en alguna manera algun inconveniente para que él se dejasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assí de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunvecinos, pues todo se podia esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á don Fernando palabra que le pudiesse mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de al-

canzar su desseo. Todos estos recatos mios, que el debia de tener por desdenes, debieron de ser causa de avivar mas su lascivo apetito (que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba) la cual si ella fuera como debia, no la supierades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decíroslo. Finalmente don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos, porque yo tuviesse mas guardas para guardarme. Y esta nueva ó sospecha, fué causa para que hiciesse lo que ahora oireis: Y fué, que una noche estando yo en mi aposento, con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas por temor que por descuido mi honestidad no se viesse en peligro, sin saber ni imaginar como, en medio destes recatos y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante. Cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua. Y assí no fuí poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó á mí, y tomándome entre sus brazos (porque yo como digo, no tuve fuerzas para defenderme, segun estaba turbada) comenzó á decirme tales razones, que no sé como es possible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacia el traidor que sus lágrimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo, á tener por verdaderas tantas falsedades; pero no de suerte que me moviessen á compasion, menos que buena, sus lágrimas y suspiros. Y assí pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: Si como estoy;

señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarne dellos se me assegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, assí fuera possible hacella ó decilla, como es possible dejar de haber sido lo que fué. Assí que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos desseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclava; ni tiene, ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonar y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tú señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, á su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú señor ahora con tanta fuerza procuras. Todo esto he dicho, porque no hay pensar quede mi alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. Sinó reparas mas que en esso, bellíssima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada) dijo el desleal caballero, ves aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra Señora que aquí tienes. Cuando Cardenio le oyó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo á sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera su primera opinion, pero no quiso interrumpir el cuento, por ver en qué venia á parar, lo que él ya casi sabia, solo dijo: ¡Que Dorotea es tu nombre, señora! Otra he oido yo decir del mesmo, que

quizá corre parejas con tus desdichas. Passa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te esparten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotea en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia, se la dijese luego. Porque si algo le habia dejado bueno la fortuna, era el ánimo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que á su parecer ninguno podia llegar, que él que tenía acrecentase un punto. No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde coyuntura, ni á tí te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento passa, fué: Que tomando don Fernando una imágen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio; con palabras eficacísimas y juramentos extraordinarios, me dió la palabra de ser mi marido. Puesto que antes que acabasse de decir las le dije que mirasse bien lo que hacia, y que considerasse el enojo que su padre habia de recibir de verle casado con una villana, vassalla suya; que no le cegasse mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro, y que si algun bien me queria hacer, por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejasse de seguir su intento, bien assí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata no repara en inconvenientes. Yo á esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije á mí mesma: Sí, que no seré yo la primera que por via de

matrimonio haya subido de humilde á grande estado, ni será don Fernando el primero á quien hermosura ó ciega aficion (que es lo mas cierto) haya hecho tomar compañía desigual á su grandeza: Pues sinó hago ni mundo ni uso nuevo, bien es acudir á esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de cuanto dure el cumplimiento de su desseo, que en fin, para con Dios seré su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza y vendré á quedar deshonorada y sin disculpa de la culpa que me podia dar el que no supiere cuan sin ella he venido á este punto. Porque ¿qué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y á otros que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginacion, y sobre todo me comenzaron á hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué (sin yo pensarlo) mi perdicion; los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposicion y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir á otro tan libre y recatado corazon como el mio. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañasse á los testigos del cielo: Tornó don Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones sinó cumpliesse lo que me prometia, volvieron á humedecerse sus ojos y á acrecentar sus suspiros, apretóme mas entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El día que sucedió á la noche de mi desgracia se venia aun tan apriessa como pienso que don Fernando desseaba, porque despues de cumplido aque-

llo que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto por que don Fernando dió priessa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, antes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí (aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino) me dijo que estuviéssese segura de su fé, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos, y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fué, y yo quedé ni sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento, y no tuve ánimo ó no se me acordó de refir á mi doncella por la traicion cometida de encerrar á don Fernando en mi mismo aposento, porque aun no me determinaba si era bien ó mal el que me habia sucedido. Díjele al partir á don Fernando que por el mesmo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicasse; pero no vino otra alguna, sinó fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en sollicitallo, puesto que supe que estaba en la villa y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mi fueron aciagos y menguados, y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fé de don Fernando; y sé tambien que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprehension de su atrevimiento antes no habia oido. Y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis padres me preguntassen que de qué andaba descontenta, y me obligassen á buscar mentiras que decilles; pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropé-

llaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron á plaza mis secretos pensamientos. Y esto fué, porque de allí á pocos dias, se dijo en el lugar como en una ciudad allí cerca, se habia casado don Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento. Dijo, que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas. Mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helármeme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho. Mas templóse esta furia por entonces, con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse. Que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañasse hasta la ciudad, donde entendí que mi enemigo estaba. El, despues que hubo reprendido mi atrevimiento y aseado mi determinacion, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció á tenerme compañía, como él dijo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerré en una almohada de lienzo un vestido de mujer, y algunas joyas y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta á mi traidora doncella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad, á pié, llevada en vuelo del des-

seo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenia por hecho, á lo menos á decir á don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y al primero á quien hice la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oir. Dfjome la casa, y todo lo que habia sucedido en el desposorio de la hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacian corrillos para contarla por toda ella. Dfjome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el sí de ser su esposa, le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diesse el aire, le halló un papel escrito, de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba, que ella no podia ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo, era un caballero muy principal de la misma ciudad. Y que si habia dado el sí á don Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por qué se habia quitado la vida; todo lo cual dicen que confirmó una daga que le hallaron no sé en que parte de sus vestidos. Todo lo cual, visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviesse, y con la misma daga que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron mas, que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda, no habia vuelto de su parasismo hasta otro día, que contó á sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he

dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun dicen, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de cómo él se iba á donde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de en casa de sus padres y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á don Fernando, que no hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender, que podria ser que el cielo hubiesse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvía en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oídos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando la señas de la edad y del mismo traje que traía, y oí decir que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuan de caída andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sinó añadir el con quién, siendo sugeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear

en la fé que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de ser hallados. Pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor; assí me sucedió á mí, porque mi buen criado hasta entonces fiel y seguro, assí como me vió en esta soledad, incitado de su mesma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasion que á su parecer estos yerros le ofrecian; y con poca vergüenza y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirió de amores, y viendo que yo con frias y justas palabras respondia á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza. Pero el justo cielo, que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo. Y luego, con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando con este desseo. Ha no sé cuantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos, que ahora tan sin pensarlo me han descubierto. Pero toda mi industria y toda mi solicitud, fué y ha sido de ningun provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varon, y nació en él el mesmo mal pensamiento que en mi criado, y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco

de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado. Y assí tuve por menor inconveniente dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis repulsas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiesse con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria, y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las agenas tierras.

#### CAPITULO XXIX.

*Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.*

**Q**STA es, señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad y juzgad ahora si los suspiros que escuchastes, las palabras que oistes, y las lágrimas que de mis ojos salian, tenían ocasion bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, vereis que será en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego lo que con facilidad podreis y debéis hacer, que me aconsejeis donde podré passar la vida, sin que me acabe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan, que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me assegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo el pensar que no como

ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista, que no verles el rostro con pensamiento que ellos miran el mio ageno de la honestidad que de mí se debian de tener prometida. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima, como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio diciendo: En fin, señora, que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo. Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y assí le dijo: Y quién sois vos, hermano, que assí sabeis el nombre de mi padre? porque yo hasta ahora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le he nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, me ha traído á que me veais cual me veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sinó cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á las sinrazones de don Fernando, y el que aguardó á oir el sí que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas, y assí dejé la casa, y la poblacion y una carta que dí á un huésped mio, á

quien rogué que en manos de Luscinda la pusiese, y víneme á estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, aun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luscinda no pudo casarse con don Fernando, por ser mia, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y haberlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enagenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desvariadas imaginaciones, suplícoos señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los míos, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fé de caballero y de cristiano, de no desamparos hasta veros en poder de don Fernando, y que cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle, en razon de la sin razon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo, por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo, se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver á tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besárselos, mas no lo consintió Cardenio, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió, que se fuesen con él á su aldea,

donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á don Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciesse conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuesse bueno para servirles. Contó assí mesmo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de don Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscallo. Vínosele á la memoria á Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quijote habia tenido, y contóla á los demás, mas no supo decir, por qué causa fué su cuestion. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces. Saliéronle los dos al encuentro, y preguntándole por don Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea; y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar y se fuesse al del Toboso, donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hubiesse fecho fazañas que le ficiessen digno de su gracia. Y que si aquello passaba adelante, corria peligro de no venir á ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviesse pena, que ellos le sacarian de allí mal que le pesasse. Contó luego á Cardenio y á Dorotea, lo que tenian pensado para remedio de don Quijote, á lo menos para llevarle

á su casa. A lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y mas que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural. Y que la dejassen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leído muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester mas, dijo el cura, sinó que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante volvió adornada, de manera, que una rica y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dijo que habia sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le habia ofrecido ocasion de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron á don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba. Pero el que despues mas se admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era assí verdad) que en todos los dias de su vida habia visto tan hermosa criatura; y assí preguntó al cura con grande ahinco le dijese quién era aquella tan hermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon, del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es, que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen

caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinea, ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo! dijo á esta sazón Sancho Panza, y mas sí mi amo es tan venturoso que desfaga esse agravió y enderece esse tuerto, matando á esse hi de puta desse gigante que vuestra merced dice, que sí matará si el le encuentra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y assí quedará impossibilitado de recibir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo, como tengo, mujer y hijos, sería nunca acabar. Assí que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y assí no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar assí. No hay duda en esso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos Assí debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderíos. Con lo que quedó tan contento Sancho, quanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuan encajados tenia

en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola del buey, y dijeron á Sancho que los guiase á donde don Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo. Puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordasse á don Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura, porque no era menester por entonces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié, poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea, á lo que ella dijo que descuidassen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado, quando descubrieron á don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era don Quijote, dió del azote á su palafren, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura se fué á hincar de rodillas ante las de don Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le habló en esta guisa: De aquí no me levantaré ¡oh valeroso y esforzado caballero! fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lue-

ñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, hermosa señora, respondió don Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra hacienda fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella. Y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopía. Sea quien fuere, respondió don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia, conforme á lo que professado tengo; y volviéndose á la doncella dijo: La vuestra gran hermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que assí lo otorgo, respondió don Quijote; y assí podeis, señora, desde hoy más desechar la melancolía que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os vereis presto restituida en vuestro reino y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo

quisieren: y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos: mas don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante y le armasse luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo, de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer á esta gran señora. Estábase el barbero aun de rodillas teniendo gran cuenta de dissimular la risa y de que no se le cayasse la barba, con cuya caída quizá quedaran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la diestra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le recordó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia: mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon: solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vassallos le diessen, habian de ser todos negros: á lo cual hizo luego en su imaginacion un buen remedio, y dijo-se á sí mismo: Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y á donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar

algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sinó dormios, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender nueve ó diez mil vassallos en dácame esas pajas; par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos; llegaos, que me mamo el dedo. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian qué hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que desseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y quitóle un capotillo pardo que traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon; y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian passado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos passos de aquellos lugares no concedian que anduviessen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y assí como salió de ella don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caballeros andantes, y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á don Quijote, el cual espantado de lo

que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote de cía: Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié. Esso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una de estas mulas destes señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo, y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Pues no sería esso justo, mi señor licenciado, respondió don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cristiano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Assí es, respondió el barbero, y apeándose en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar; y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, el diera al diablo la venida por don Quijote. Con todo esso le sobresal-

taron de manera que cayó en el suelo, con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sinó acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caído, dijo: ¡vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitaran á posta! El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuesse con ellas adonde yacia maese Nicolás dando aun voces todavía, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró don Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que él entendía que su virtud á mas que pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitassen habia de quedar la carne llagada y mal trecha, y que pues todo lo sanaba, á mas que barbas aprovechaba. Assí es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiesse el cura, y á trechos se fuessen los tres mudando hasta que llegassen á la venta, que estaria á algunas leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, don Quijote, la princesa y el cura; y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y antes que ella respondiesse dijo el licenciado: Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? es por ventura hacia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé

poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y assí dijo: Sí señor, hácia esse reino es mi camino. Si assí es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meotis, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo esso he llegado á ver lo que tanto desseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos assí como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No mas, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y assí dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados y tan á la ligera, que me pone espanto. A esso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, ibamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mio que ha muchos años que passó á Indias, me habia enviado, y no tan pocos que no passasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y passando ayer por estos lugares nos salie-

ron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo no las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo; y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltaron son de aquellos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel; quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto á la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Hábiales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.



### CAPITULO XXX.

*Que trata de la discreccion de la hermosa Dorotea,  
con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.*

 O hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: Pues á mi fé, señor licenciado, el que hizo essa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirasse lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazón don Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y oprimidos que encuentran por los caminos van de aquella manera, ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus desgracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías; yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, é hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avengan: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería, y que miente como un hi de puta y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas prontamente conviniere: y esto dijo afirmándose en las estribos y calándose el morrion, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, la llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea (que era discreta y de gran donaire) como quien ya sabía el menguado humor de don Quijote, y que todos hacian burla dél, sinó Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo: señor caballero,

mémbresele á la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sossiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por esse invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y aun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen desseo os suplico me digais, sinó se os hace de mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza. Eso haré yo de buena gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oír lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió don Quijote, á lo que respondió Dorotea: Pues assí es, estenme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, desseos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo: y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanos, con mucho donaire, comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que á mí me llaman.... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto, pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que se paraba, y dijo: No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas

veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. Assí es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de dejar esta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre; pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una gran ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca vista, porque es cosa averiguada que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al través, como si fuesse bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto á los que mira. Digo que supo que este gigante en sabiendo mi orfandad habia de passar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiesse, pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiesse casar con él; mas á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha passado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues

que él fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando comenzaba á passar sobre mi reino, que no aguardasse á ponerme en defensa, porque sería destruirme, sinó que libremente le dejasse desembarazado el reino si queria excusar la muerte y total destruccion de mis buenos y leales vassallos, porque no habia de ser possible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sinó que luego con algunos de los mios me pusiesse en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Gigote. Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre El Caballero de la Triste Figura. Assí es la verdad, dijo Dorotea: Dijo mas, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto don Quijote dijo á su escudero: ten aquí, Sancho, hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo esse lunar que vuestro padre dijo, respondió don Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar dessas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una mesma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la

buena fama que este caballero tiene no solo en la Mancha, sinó por toda España, pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. Pues cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señora mia, preguntó don Quijote, sinó es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese tomó el cura la mano y dijo: debe de querer decir la señora princessa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra magestad adelante. No hay qué proseguir, respondió Dorotea, sinó que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte que á ponerlo delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, despues de haber degollado al gigante quisiese casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diesse la possession de mi reino junto con la de mi persona. Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto don Quijote, no oyes lo que passa? no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gazzatico al señor Pandahilado: pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de

la cama: y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas, en señal que la recibía por su reina y señora. Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciesse tanto bien que se lo dejasse cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho, con tales palabras, que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia; solo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sinó solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habreis notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Essa no me quitarán á mí, ¡oh alta y valerosa señora! dijo don Quijote, cuantos yo passare en serviros, por grandes y no vistos que sean. Y así de nuevo confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta (no quiero decir buena) espada, merced á Ginés de Passamonte, que solo me llevó la rópilla. Esto dijo entre diente, y prosiguió diciendo; y despues de habérsela tajado y pués-toos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará

á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo mas, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme aunque fuesse con el ave Fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo, voto á mí, y juro á mí, que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio: pues cómo es possible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por decir que no llega á un zapato de la que está delante: assí noramala alcanzaré yo el condado que espero si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo; cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome esse reino que se le viene á las manos de vobis vobis, y en siendo rey hágame marqués ó adelantado; y luego siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablarle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y sinó fuera porque Dorothea le dió voces que no le diera mas, sin duda le quitara allí la vida. Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; y no sabeis vos, gañan, faquin, belitre, que sinó fuesse por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga?

Decid, socarron de lengua viperina, y quién pensais que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa passada en cosa juzgada) sinó es el valor de Dulcinea del Toboso, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella y tengo vida y ser. ¡Oh hi de puta, bellaco, y como sois desagradecido que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan mal trecho Sancho que no oyesse todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza se fué á poner detrás del palafren de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: dígame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto á la señora Dulcinea tan.... Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo don Quijote, pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero assí, á bulto, me parece bien. Ahora te disculpo, dijo don Quijote, y perdóname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya lo veo, respondió Sancho, y assí en mí la gana de hablar siem-

pre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo esso, dijo don Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... y no te digo mas. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo y ve nuestras faltas, y será juez de quien hace mas mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. No haya mas, dijo Dorotea; corred Sancho y besad la mano á vuestro señor y pedidle perdon, y de aquí adelante andad mas acertado en vuestras alabanzas y vituperios y no digais mal de aquessa señora Tobosa, á quien yo no conozco sinó es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo, y pidió la mano á su señor, y él se la dió con posado continente, y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantassen un poco que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo assí Sancho y apartarónse los dos algo adelante, y djóle don Quijote: despues que viniste no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad, acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. Por qué lo dices, Sancho? dijo don Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de ahora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo

por ser cosa de vuestra merced. No tornes á essas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva. Mientras esto passaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Passamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Passamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno, se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabia hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho, y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando á grandes voces le dijo: ¡ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo! No fueran menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole, le dijo: cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba y se dejaba besar y acariciar de Sancho, sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas dijo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta, así en el cuento como en la brevedad dél, y en la

similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia ella donde eran las provincias ni puertos de mar, y que assí habia dicho á tienta que se habia desembarcado en Osuna. Ya lo entendí assí, dijo el cura, y por esso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonísimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sinó por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversacion prosiguió don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, dónde, cómo y cuándo hallaste á Dulcinea? qué hacia? qué le dijiste? qué te respondió? qué rostro hizo cuando leía mi carta? quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Assí es como tú dices, dijo don Quijote, porque el librito de memoria donde yo la escribí le hallé en mi poder á cabo de dos días de

tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que habias tú de hacer cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos. Assí fuera, respondió Sancho, sinó la hubiera yo tomado en la memoria cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan, que me la trasladó del entendimiento, tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leído muchas cartas de descomunión, no habia visto ni leído tan linda carta como aquella. Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo don Quijote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la dí, como ví que no habia de ser de mas provecho, di en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello del sobajada, digo del soberana señora, y lo último: vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trescientas almas, y vidas, y ojos míos.

### CAPITULO XXXI.

*De los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucessos.*

ODO esso no me descontenta, prosigue adelante, dijo don Quijote. Llegaste, y que hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sinó aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo era candeal ó

trechel? No era sinó rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo don Quijote, que aechado por sus manos hizo pan candeal, sin duda alguna; pero passa adelante: cuando le diste mi carta besóla? Púsose la sobre la cabeza? hizo alguna ceremonia digna de la tal carta? ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y dijome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acibar todo lo que aquí está. Discreta señora, dijo don Quijote, esso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho, y en tanto que estaba en su menester qué coloquios passó contigo? qué te preguntó de mí? y tú qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho, mas yo la dije de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre aquellas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, y sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijeste mal, dijo don Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fé que me lleva á mí mas de un coto. Pues cómo, Sancho, dijo don Quijote, haste medido tú con ella? Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba mas de un gran palmo. Pues es verdad, replicó don Quijote, que no acompaña essa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa; cuando

llegaste junto á ella no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno que yo no acierto á dalle nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No sería esso, respondió don Quijote, sinó que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece á otro. Y bien, prosiguió don Quijote, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo la habia dicho de palabra, acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijese á vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas desseo de verle que de escribirle; y que assí le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejasse de hacer disparates, y se pudiesse luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver á vuestra merced: rióse mucho quando le dije como se llamaba vuestra merced El Caballero de la Triste Figura: preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras, díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por

los galeotes, mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo don Quijote; pero dime qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede ser esso assí, y yo la tengo por buena usanza; pero esso debia de ser en los tiempos passados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí; y aun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo don Quijote, y sinó te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco mas de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas; por lo cual me doy á entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos que coje á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anocheció: y si no fuese por esto no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren á cada paso: que acaece estar uno peleando en las tierras de Armenia con algun endriago, ó con al-

gun fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva lo peor de la batalla y está ya á punto de muerte: y cuando menos se cata, assoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Inglaterra, que le favorece y libra de la muerte, y á la noche se halla en su posada, cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte, dos ó tres mil leguas. Y todo esto se hace por industria y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuidado destos valerosos caballeros. Assí que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintiesses. Assí seria, dijo Sancho, porque á buena fé, que andaba Rozinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y como si llevaba azogue, dijo don Quijote, y aun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto á parte, qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora, cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien impossibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acossa y fatiga el desseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fé y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar á priessa y llegar presto donde está esse gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta, á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por

buena mitardanza, pues verá que todo redundará en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzare por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me dá, y de ser yo suyo. ¡Ay! dijo Sancho, y como está vuestra merced lastimado de esos cascos. Pues dígame, señor, piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar passar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino que á buena verdad, que he oído decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásesse luego en el primer lugar que haya cura, y sinó ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas. Y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoje, por bien que se enoja no se venga. Mira, Sancho, respondió don Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber, que sin casarme podré cumplir tu desseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala, antes de entrar en batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere: y en dándomela, á quién quieres tú que la dé sinó á tí? Esso claro está, respondió Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hácia la marina, porque sinó me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vassallos y hacer de ellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure

de ir por ahora á ver á mi señora Dulcinea, sinó váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me assienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote Sancho, dijo don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo, en cuanto el ir antes con la princesa á ver á Dulcinea. Y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso, que los que fueren, se han de ir á hincar de hinojos ante su presencia, y decir que van de parte de vuestra merced á dalle la obediencia, cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡Oh que necio y que simple que eres! dijo don Quijote. Tú no ves, Sancho, que eso todo redundá en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería, es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos desseos, sinó que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con essa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo don Quijote, y que de discreciones dices á las veces, no parece sinó que has estudiado. Pues á fé mia que no se leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese

Nicolás que esperassen un poco, que quèrian detenerse á beber en una fuentecilla que allí estaba. Detúvose don Quijote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amo á palabras. Porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto todavía. Habíase en este tiempo quedado Cardenio con los vestidos que Dorotea traía cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó á passar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ¡Ay señor mio! no me conoce vuestra merced? pues míreme bien, que yo soy aquel mozo Andrés, que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que allí estaban y dijo: porque vean vuestras mercedes, cuan de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los días passados, passando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas, como de persona afligida y menesterosa: acudí luego llevado de mi obligacion hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante (de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada.) Digo que estaba atado á la encina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale

abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe era amo suyo, y assí como yo le ví le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia nacia mas de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sinó porque le pido mi salario: el amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mi fueron oidas no fueron admitidas: en resolution, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aun sahumados. No es verdad todo esto, hijo Andrés? no notaste con quanto imperio se lo mandé, y con cuanta humildad prometió de hacer todo quanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? Responde, no te turbes ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos. Todo lo que vuestra merced ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. Cómo al revés? replicó don Quijote, luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero assí como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un San Bartolomé desollado; y á cada azóte que me daba me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo, de todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se con-

tentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuanto me debía; mas como vuestra merced le deshonoró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando me vió solo descargó sobre mí el nublado, de modo que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo dijo don Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debía yo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde la palabra que diere, si él ve que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Assí es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo don Quijote, y diciendo esto se levantó muy apriessa, y mandó á Sancho que enfrenasse á Rocinante (que estaba paciendo en tanto que ellos comían.) Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria? Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya, y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegasse el pecho hasta la vuelta de su reino. Assí es verdad, respondió don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me cuido dessos juramentos, dijo Andrés, mas quisiera tener ahora con qué llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos

los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándosele al mozo le dijo: toma, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza y tomó el camino en las manos, como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á don Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, si no déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, á quien Dios maldiga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Ibase á levantar don Quijote para castigalle, mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguille. Quedó corridísimo don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demas tuviessen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de enfurecer del todo.

CAPITULO XXXII.

*Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de don Quijote.*

 CABÓSE la breve comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á don Quijote y á Sancho, les salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y dijoles que le aderezassen otro mejor lecho que la vez passada; á lo cual le respondió la huésped; que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se le daría de príncipes. Don Quijote dijo que sí haría, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de sueño. No se hubo bien encerrado, cuando la huésped arremetió al barbero, y asiéndole de la barba dijo: para mi santiguada, que no se ha ya de aprovechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola, que anda lo, de mi marido por esos suelos que es vergüenza, digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba; hasta que el licenciado le dijo que se la diesse, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sinó que se descubriese y mostrasse en su misma forma, y dijesse á don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntasse por el escudero de la princesa, le dirian

que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y assí mismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de don Quijote. Admiráronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que los aderezassen de comer de lo que en la venta hubiesse, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida; á todo esto dormia don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Martines y todos los pasajeros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que le habian hallado: la huésped les contó lo con él y con el arriero les habia acontecido, y mirando si acaso estaba allí Sancho, como no le viesse, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote habia leído le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: no sé yo como puede ser esso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor leyenda en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí, sinó á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estamos le escuchando con tanto gusto que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querría estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni me-

nos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sinó aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Assí es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fé que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas, que son muy lindas, y mas cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciendo la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto: digo que todo esto es cosa de mieles. Y á vos qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero, No sé, señor en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sinó de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando están ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. Luego bien les remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? No sé lo que me hiciera, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil cosas parecidas: y ¡Jesús! yo no sé qué gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no dessean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas: y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me preguntaban estos señores, respondió ella, no pude dejar de respondelles. Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquessos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja, cerrada con una cadenilla, y

abriéndola, halló el cura en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era don Cirongilio de Tracia, y el otro de Félix Marte de Ircania, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes. Assí como el cura leyó los dos títulos primeros volvió el rostro al barbero, y dijo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que bien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mis libros? dijo el ventero. No mas, dijo el cura, que estos dos, el de don Cirongilio y el de Félix Marte. Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son hereges ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos, quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Assí es, replicó el ventero; más si alguno quiere quemar sea esse del Gran Capitan y desse Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno dessotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos y estan llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de un molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no passasse por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él mismo las cuenta y las escribe con la modestia de caballero y de coronista propio, las

escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, dijo al licenciado el ventero, mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino, por Dios ahora había vuestra merced de leer lo que oí yo de Félix Marte de Ircania, que de un revés solo partió cinco, gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas, como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército donde hubo mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde los piés hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego; y él assí como la vió se arrojó sobre ella, y se puso á horcadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta, con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sinó dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar, y cuando llegaron allá bajo se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos que era marávilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no no hay mas que oír. Calle, señor, que si oyesse esto se volvería loco de placer: dos higas para el gran Capitan y para esse Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote. Assí me parece á mí, respondió Cardenio, por que segun da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni mas ni menos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad, hermanos, tornó á decir el cura, que no hubo en el

mundo Félix Marte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerías cuentan. Porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores; porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. A otro perro con esse hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuantas son cinco, y á donde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sean disparates y mentiras, estando impresso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamentos que quitan el juicio. Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y assí como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, assí se consiente imprimir, y que haya tales libros, creyendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros, y si me fuera lícito ahora, y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho y aun de gusto para algunos; pero yo espero que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allá os avend con sus verdades ó mentiras, y buen provecho

os hagan, y quiera Dios que no cojeis del pié que cojea vuestro huésped don Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo cuando se dice que andaban por el mundo esos famosos caballeros. A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que había oído decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salía con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decía: *Novela del Curioso Impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que algunos huéspedes que aquí la han leído los ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la he querido dar pensando volvérsela á quien aquí dejó essa maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí en algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fé que se les he de volver, que aunque ventero, todavía soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura, mas con todo esso, si la novela me contenta me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian ha-

bia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyessen. Sí leyera, dijo el cura, sinó fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. Harto reposo será para mí, dijo Dorothea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espíritu tan sossegado que me conceda dormir cuando fuera razon. Pues desta manera, dijo el cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quizá tendrá alguno de gusto. Acudió maese Nicolás á rogarle lo mesmo, y Sancho tambien: lo cual visto del cura, y entendiendo que á todos daria gusto y él le recibiría, dijo; pues assí es, esténme todos atentos, que la novela comienza desta manera:

### CAPITULO XXXIII.

*Donde se cuenta la novela del curioso impertinente.*

N Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia de todos los que los conocian, Los Dos Amigos eran llamados; eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa á que los dos con reciproca amistad se correspondiessen: bien es verdad que el Anselmo era algo mas inclinado á los passatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevabàn tras sí los de la caza; pero cuando se ofrecia dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan á una sus voluntades que no habia concerta-

do reloj que assí lo anduviesse. Andaba Anselmo perdido de amores de Camila, doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres, y tan buena ella por sí, que se determinó (con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacia) á pedilla por esposa á sus padres, y assí lo puso en ejecucion, y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan á gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la possession que desseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cessaba de dar gracias al cielo y á Lotario, por cuyo medio tanto bien le habia venido. Los primeros dias, como todos los de boda, suelen ser alegres. Continuó Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejalle y regocijalle con todo aquello que á él le fué possible; pero acabadas las bodas, y sossegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario á descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él (como es razon que parezca á todos los que fueren discretos) que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que cuando eran solteros, porque aunque la buena y verdadera amistad no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aun de los mismos hermanos, cuanto mas de los amigos. Notó Anselmo la remission de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse habia de ser parte para no comunicalle como solia, que jamás lo hubiera hecho, y que si por la buena correspondencia que los dos tenian mientras el fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el de ser llamados Los Dos Amigos, que no permitiesse por querer hacer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso y

tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplía, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese á ser señor de su casa, y á entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenia otro gusto ni otra voluntad que la que él queria que tuviese, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en él tanta esquivanza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo á Lotario para persuadille volviese como solia á su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreccion y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intencion de su amigo, y quedaron de concierto que dos días en la semana, y las fiestas, fuese Lotario á comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer mas de aquello que viesse que mas convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estimaba en mas que el suyo propio. Decia él y decia bien, que el casado á quien el cielo habia concedido mujer hermosa, tanto cuidado habia de tener qué amigos llevaba á su casa, como el mirar con qué amigas su mujer conversaba, por que lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres) se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien mas satisfaccion se tiene. Tambien decia Lotario que tenian necesidad los casados de tener cada uno algun amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hubiese, porque suele acontecer que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice, por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas, ó no le sería de honra ó de vituperio; de lo cual siendo del amigo advertido fácilmente pondria remedio en todo. Pero dónde se ha-

llará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aquí Lotario le pide? no lo sé yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, sisar y acortar los dias del concierto del ir á su casa, porque no pareciesse mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentil hombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inescusables: assí que en quejas del uno y disculpas del otro se passaban muchos ratos y partes del dia. Sucedió pues que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo á Lotario las semejantes razones:

Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme, no con mano escasa, los bienes, assí los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recibido y sobre todo al que me hizo en darme á tí por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, sinó en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el mas despechado y el mas desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé de qué dias á esta parte me fatiga y aprieta un desseo tan extraño y tan fuera del uso comun de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño á solas, y procuro callarlo y encubrirlo de

mis propios pensamientos, y assí me ha sido posible salir con este secreto como si de industria procurara decillo á todo el mundo, y pues que en efecto él ha de salir á plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenseo tenian á Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevencion ó preámbulo: y aunque iba revolviendo en su imaginacion qué desseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy lejos del blanco de la verdad; y por salir presto de la agonía que le causaba aquella suspension, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad en andar buscando rodeos para decirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del, ó ya consejos para enmendallos, ó ya remedio para cumplillos. Assí es la verdad, respondió Anselmo, y con essa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el desseo que me fatiga es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad sinó es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mí ¡oh amigo! que no es una mujer mas buena de cuanto es ó no essolicitada, y que aquella sola es fuerte que no se dobla á las promesas, á las dádivas, á las lágrimas y á las contínuas importunidades de los solícitos amantes: porque qué hay que agradecer, digo yo, que una mujer sea buena si nadie le dice que sea mala? qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la prime-

ra desenvoltura la ha de quitar la vida? Assí que la que es buena por temor ó por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré á la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento; de modo que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa passe por estas dificultades, y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus desseos, y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura, podré yo decir que esta colmó el vacío de mis desseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el sabio dice que quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, llevaré sin pena la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia: y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi desseo ha de ser de algun provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero ¡oh amigo Lotario! que te dispongas á ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar á una mujer honesta, honrada, recogida y desinteressada; y muéveme entre otras cosas á fiar de tí esta tan árdua empresa, esta accion libre, el ver que si de tí es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á solo tener por hecho lo que no se ha de hacer por buen respeto, y assí no quedaré yo ofendido mas de con el desseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare ha de ser eterno como el de la muerte. Assí que si quieres que yo tenga vida, que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni pere-

zosamente, sinó con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dijo á Lotario, á todas las cuales estuvo tan atento, que sinó fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decia mas, despues que le estuvo mirando un buen espacio como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto que le causara admiracion y espanto, le dijo: No me puedo persuadir, ¡oh amigo Anselmo! á que no sean burlas las cosas que me has dicho, que á pensar que de veras las decias no consintiera que tan adelante passaras, porque con no escucharte previniera tu larga arenga: sin duda imagino, ó que no me conoces, ó que yo no te conozco. Pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir á aquel Lotario que tú conoces, porque los buenos amigos han de probar á sus amigos y valerse dellos como dijo un poeta *usque ad aras*, que quiso decir que no se habian de valer de su amistad en cosas que fuessen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? y cuando el amigo tirasse tanto la barra que pudiesse á parte los respetos del cielo por acudir á los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras y de poco momento, sinó por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo. Pues dime tú ahora, Anselmo, cuál destas dos cosas tienes en peligro para que yo me aventure á complacerte y á hacer una cosa tan detestable como me pides? ninguna por cierto; antes me pides, segun yo en-

tiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela á mí juntamente; porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto, y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea de tanto mal tuyo, no vengó á quedar deshonorado, y por el mesmo consiguiendo sin vida? Escucha, amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme hasta que acabe de decirte lo que se me ofreciere acerca de lo que te ha pedido tu deseo, ¿que tiempo quedará para que tú me repliques y yo te escuche. Que me place, dijo Anselmo, dí lo que quisieres. Y Lotario prosiguió diciendo: paréceme, ¡oh Anselmo! que tienes tú ahora el ingenio como el que siempre tienen los moros, á los cuales no se les puede dar á entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fé, sinó que les han de traer ejemplos palpables, fáciles, inteligibles, demostrativos, indubitables, con demostraciones matemáticas que no se pueden negar, como cuando dicen: si de dos partes iguales quitamos partes iguales, las que quedan tambien son iguales: y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos, y ponérselo delante de los ojos, aun con todo esto no basta nadie con ellos é persuadirles las verdades de nuestra sacra religion; y este mesmo término y modo me convendrá usar contigo, porque el deseo que en tí ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo mal gastado, el que ocuparé en darte á entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal desseo: mas no me deja usar de este rigor la amistad

que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte, y porque claro lo veas, dime Anselmo, tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? persuadir á una honesta? ofrecer á una desinteresada? servir á una prudente? sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente, qué buscas? y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, qué mejores títulos piensas darle despues, que los que ahora tiene? ó qué, será mas despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por lo que dices, para qué quieres probarla, sinó como á mala hacer della lo que mas te viniera en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Assí que es razon concluyente que el intentar las cosas, de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juicios sin discurso y temerarios, y mas quando quieren intentar aquellas á que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que passan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio quanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, quando puesto á

parte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir el manifiesto peligro que los amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fé, por su nacion y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen interesarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ellas como desseas, no has de quedar ni mas ufano, ni mas rico, ni mas honrado que estás ahora; y sinó sales tehas de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido; porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansillo en el fin de su primera parte de Las Lágrimas de San Pedro, que dice assí:

*Crece el dolor, y crece la vergüenza*

*En Pedro, cuando el dia se ha mostrado,*

*Y aunque alli no ve á nadie, se avergüenza*

*De sí mismo, por ver que habia pecado:*

*Que á un magnánimo pecho, á haber vergüenza,*

*No solo ha de moverle el ser mirado,*

*Que de sí se avergüenza cuando yerra,*

*Si bien otro no ve que cielo y tierra.*

Assí que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar continuo, sinó lágrimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazon, como las lloraba aquel simple doctor que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de hacerla el prudente Reinaldos, que puesto que

aquello sea ficcion poética, tiene en sí encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados: quanto mas, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cielo ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo possessor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviessen satisfechos cuantos lapidarios le viessen, y que todos á una voz y de comun parecer dijessen que llegaba en quilates, bondad y fineza á quanto se podia extender la naturaleza de tal piedra, y tú mesmo lo creyeses assí, sin saber otra cosa en contrario, sería justo que te viniessen en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre un ayunque y un martillo, y allí á pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y mas si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciesse resistencia á tan necia prueba, no por esso se le añadiría mas valor ni mas fama; y si se rompiese, cosa que podria ser, no se perdería todo? Si por cierto, dejando á su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, assí en tu estimacion como en la agena, y que no es razon ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir á mas valor del que ahora tiene; y si faltasse y no resistiesse, considera desde ahora cual quedarias sin ella, y con cuanta razon te podrias quejar de tí mesmo por haber sido causa de su perdicion y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imper-

fecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra lijera á alcanzar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales que el arminio es un animalejo que tiene una piel blanquísima, y que cuando quieren cazarle los cazadores usan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y despues, ojeándole, le encaminan hacia aquel lugar, y assí como el arminio llega al lodo, se está quedo y se deja prender y cautivar á trueco de no passar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en mas que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es arminio, y es mas que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aun sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por sí mesma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necessario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama. Es assí mesmo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas: hase de guardar y estimar la mujer buena como se guarda y estima un hermoso jardin que está lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie le pasee ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria que

los oí en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo á otro, padre de una doncella, que la recogiesse, guardase y encerrasse, y entre otras razones le dijo estas:

*Es de vidrio la mujer;  
Pero no se ha de probar  
Si se puede ó no quebrar,  
Porque bien podría ser.  
Y es mas fácil el quebrarse,  
Y no es cordura ponerse  
A peligro de romperse.  
Lo que no puede soldarse.  
Y en esta opinion estén  
Todos, y en razon la fundo,  
Que si hay Dánaes en el mundo,  
Hay pluvias de oro tambien.*

Cuanto hasta aquí te he dicho ¡oh Anselmo! ha sido por lo que á tí te toca, y ahora es bien que se oiga algo de lo que á mí me conviene; y si fuere largo perdóname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tú me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad, y aun no solo pretendes esto, sinó que procuras que yo te la quite á tí. Que me la quieres quitar á mí está claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que debo hacer y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite á tí, no hay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento á descubrirle mi mal desseo, y teniéndose por deshón-

rada te toca á tí como á cosa suya su misma deshonra; y de aquí nace lo que comunmente se platica, que el marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasion para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano, ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo le llaman y le nombran con nombre de vituperio y bajo, y en cierta manera le miran, los que la maldad de su mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los de lástima, viendo que no por su culpa, sinó por el gusto de su mala compañera está en aquella desventura. Pero quíerote decir la causa porque con justa razon es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni haya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea; y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió á nuestro primero padre en el paraiso terrenal, dice la Divina Escritura que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó á nuestra madre Eva, y assí como Adan despertó y la miró dijo: esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Y Dios dijo, por esta dejará el hombre á su padre y madre, y serán dos en una carne misma; y entonces fué instituido el divino sacramento del matrimonio, con tales lazos, que solo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que hace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace más en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen mas de una voluntad; y de aquí viene que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ó los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque él no haya dado, como queda dicho, ocasion para aquel daño; por-

que assí como el dolor del pié ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne mesma, y la cabeza siente el daño del tobillo sin que ella se le haya causado, assí el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una mesma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, ¡oh Anselmo! al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sossegados en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras á ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta á moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo. Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso y pensativo que por un buen espacio no le pudo responder palabra; pero en fin le dijo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discrecion que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; assí mesmo veo y confieso que sinó sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal. Presupuesto esto has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres que se les antoja comer tierra, yesso, carbon y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse quanto mas para comerse, assí

que es menester usar de algun artificio para que yo sane, y esto se podrá hacer con facilidad, solo con que comiences aunque tibia y fingidamente á solicitar á Camila, la cual no ha de ser tan tierna que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra: y con solo este principio quedaré contento, y tú habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sinó persuadiéndome de no verme sin honra; y estás obligado á hacer esto por una razon sola, y es, que estando yo como estoy determinado de poner en práctica esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondría en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y quando el tuyo no esté en el punto que debe en la intencion de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo en ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tú crédito al sér primero; y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurándote, no lo dejes de hacer aunque mas inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con solo que comiences daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo qué mas ejemplos traerle, ni qué mas razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daría á otro cuenta de su mal desseo, por evitar mayor mal determinó de contentarle y hacer lo que le pedía, con propósito é intencion de guiar aquel negocio de modo que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho; y assí le respondió que no comunicasse su pensamiento con otro alguno, que él tomaba á su cargo aquella empresa, la cual comenzaría quando á él le dicsse mas gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le

hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos que desde otro día siguiente se comenzasse la obra, que él le daría lugar y tiempo como á sus solas pudiese hablar á Camila, y assí mesmo le daría dineros y joyas que darla y que ofrecerla. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiesse versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mesmo los haría. A todo se ofreció Lotario bien con diferente intencion que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron á casa de Anselmo, donde hallaron á Camila con ansia y cuidado esperando á su esposo, porque aquel día tardaba en venir mas de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento como Lotario fué pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensó el modo que tendría para engañar á Anselmo sin ofender á Camila; y otro día vino á comer con su amigo, y fué bien recibido de Camila, la cual le recibía y regalaba con mucha voluntad por entender la buena que su esposo le tenía. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Anselmo dijo á Lotario que se quedasse allí con Camila en tanto que él iba á un negocio forzoso, que dentro de hora y media volvería. Rógóle Camila que no se fué, y Lotario se ofreció á hacerle compañía; mas nada aprovechó con Anselmo, antes importunó á Lotario que se quedasse y le aguardasse, porque tenía que tratar con él una cosa de mucha importancia, dijo tambien á Camila que no dejasse solo á Lotario en tanto que él volviesse. En efecto él supo tambien fingir la necesidad ó necesidad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos á la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa, toda se habia ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo desseaba, y con el enemi-

go delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadron de caballeros armados. Mirad si era razon que le temiera Lotario; pero lo que hizo fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla, y pidiendo perdon á Camila del mal comedimiento, dijo que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvia. Camila le respondió que mejor **repositaria** en el estrado que en la silla, y assí le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y allí se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló á Camila en su aposento y á Lotario durmiendo, creyó que como se habia tardado tanto ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aun para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luego salieron los dos de casa, y assí le preguntó lo que desseaba, y le respondió Lotario, que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y assí no habia hecho otra cosa que alabar á Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discrecion, y que este le habia parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola á que otra vez le escuchasse con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa quando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por sí, que se trasforma en ángel de luz siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quien es, y sale con su intencion si á los principios no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho á Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues que se passaron muchos dias que sin decir Lotario palabra á

Camila, respondia á Anselmo que la hablaba, y jamás podia sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar una señal de sombra de esperanza, antes decia que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habia de decir á su esposo. Bien está, dijo Anselmo, hasta aquí ha resistido Camila á las palabras, es menester ver como resiste á las obras, yo os daré mañana dos mil escudos de oro, para que se los ofrezcais y aun se los deis, y otros tantos para que compreis joyas con que cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste á esta tentacion yo quedaré satisfecho y no os daré mas pesadumbre. Lotario respondió que ya que habia comenzado que él llevaria hasta el fin aquella empresa puesto que entendia salir de ella cansado y vencido. Otro dia recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones porque no sabia como arreglarse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle que Camila estaba tan entera á las dádivas y promessas, como á las palabras, y que no habia para qué cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que en mas de media hora Lotario no habló palabra á Camila, ni se la hablara si allí estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le habia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion y mentira; y para ver si esto era assí salió del aposento, y llamando á Lotario aparte le preguntó qué nuevas habia y de qué temple estaba Camila. Lotario le respondió que no pensaba mas darle puntada en

aquel negocio, porque respondia tan áspera y desabridamente, que no tendria ánimo para volver á decirle cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario y cuán mal correspondes á lo que me debes y á lo mucho que de tí confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra á Camila, por donde me doy á entender, que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es assí, como sin duda lo es, para qué me engañas? ó por qué quieres quitarme con tu industria los medios que yo podria hallar para conseguir mi desseo? No dijo mas Anselmo, pero bastó lo que habia dicho para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en la mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan á su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba: cuanto mas que no seria menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle, le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad, mas seguro y menos sobresaltado, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose á la de un amigo suyo, que estaba en una aldea no lejos de la Ciudad, con el cual amigo concertó que le enviase á llamar con muchas veras para tener ocasion con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de tí, Anselmo, qué es lo que haces? qué es lo que trazas? qué es lo que ordenas? Mira que haces contra tí mismo, trazando tu deshonor y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta y sossegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y

con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento, te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes dessear, para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote á peligro que todo venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que al que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo:

*Busco en la muerte la vida,  
Salud en la enfermedad,  
En la prision libertad,  
En lo cerrado salida,  
Y en el traidor lealtad.  
Pero mi suerte, de quien  
Jamás espero algun bien,  
Con el cielo ha estatuido,  
Que pues lo imposible pido,  
Lo possible aun no me den.*

Fuése otro dia Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer con ella, que tuviese cuidado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la órden que su marido le dejaba, y díjole que advertiése que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza, que ella sabria gobernar su casa, que probasse por aquella vez, y veria por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que assí lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Ansel-

mo, y otro día vino á su casa Lotario, dónde fué recibido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viesse á solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya llamada Leonela, á quien ella mucho queria por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila, y cuando se casó con Anselmo la trujo consigo. En los tres días primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priessa, porque así se lo tenia mandado Camila, y aun tenia órden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitasse; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba solos, como si aquello le hubieran mandado; mas la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta que ponía freno á la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó mas en daño de los dos, porque si la lengua callaba, el pensamiento discurría y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar una estatua de mármol, cuanto mas á un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que habia de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada, y esta consideracion comenzó poco á poco á dar assalto á los respetos que á Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese á él, ni él viese á Camila, mas ya le hacia impedimento y detenía el gusto que hallaba en mirarla. Hacíase

fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino, llamábase mal amigo y aun mal cristiano: hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que mas habia sido la locura y confianza de Anselmo que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus deseos, comenzó á requebrar á Camila con tanta turbacion y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levantarse de donde estaba y entrarse en su aposento sin respondelle palabra alguna: mas no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuvo en mas á Camila, la cual habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabia qué hacerse; y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasion ni lugar á que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella mesma noche, como lo hizo, á un criado suyo con un billete á Anselmo, donde le escribió estas razones:

CAPITULO XXXIV.

*Donde se prosigue la novela del curioso impertinente.*

SSI como suele decirse que parece mal el ejército sin su general, y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y buena moza sin su marido, cuando justísimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir á entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra, porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira mas por su gusto que por lo que á vos os toca; y pues sois discreto, no tengo mas que deciros, ni aun es bien que mas os diga. »

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra que no hiciese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atrevia á estar en su casa, ni menos irse á la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estuvo peor, que fué en el quedarse, con determinacion de no huir la presencia de Lotario por no dar qué decir á sus criados, y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió á su esposo, temerosa de que no pensasse que Lotario habia visto en ella alguna desenvoltura que le hubiese movido

á no guardalle el decoro que debia; pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento, con que pensaba resistir callando á todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar mas cuenta á su marido por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera cómo disculpar á Lotario con Anselmo cuando le preguntasse la ocasion que le habia movido á escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando á Lotario, el cual cargó la mano de manera que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos para que no diessen muestra de alguna amorosa compasion que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente á él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco á aquella fortaleza, y assí acometió á su pretension con las alabanzas de su hermosura, por que no hay cosa que mas presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la mesma vanidad puesta en las lenguas de la adulacion. En efecto, él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos esperaba y mas desseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; pero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pié? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la passion amorosa con hui-lla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la fla-

queza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretension de Anselmo, ni que él le habia dado lugar para llegar á aquel punto, porque no tuviese en menos su amor y pensasse que assí acaso, y sin pensar, y no de propósito la habia solicitado. Volvió de allí á pocos dias Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella, que era lo que de menos tenia y mas estimaba. Fuése luego á ver á Lotario y hallóle en su casa; abrazáronse los dos, y luego preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. Las nuevas que te podré dar ¡oh amigo Anselmo! dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y corona de todas las mujeres buenas: las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assí como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde existe la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aquí los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer mas pruebas de las hechas; y pues á pié enjuto has passado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélagó de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia con otro piloto, de la bondad y fortaleza del navio que el cielo te dió en suerte para que en él passasses la mar deste mundo, sinó haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las áncoras de la buena consideracion, y dé-

jate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguia humana que de pagarla se escuse. Contentísimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y assí se las creyó como si fueran dichas por algun oráculo; pero con todo esso le rogó que no dejasse la empresa, aunque no fuesse mas de por su curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que solo queria que le escribiesse algunos versos en su alabanza debajo del nombre de Clori, porque éldaria á entender á Camila que andaba enamorado de una dama á quien le habia puesto aquel nombre, por poder celebrarla con el decoro que á su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: díle tú á Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, sinó tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo, y vuelto Anselmo á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maravillaba que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasion porque le habia escrito el papel que le envió. Camila le respondió que le habia parecido que Lotario la miraba un poco mas desenvueltamente que cuando él estaba en casa; pero que ya estaba desengañada y creia que habia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huia de vella y dé estar con ella á solas. Díjole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, á quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no habia de temer de la virtud de Lotario y

de la mucha amistad de entrambos, y á no estar avisada Camila de Lotario de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; mas por estar ya advertida pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobremesa rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que habia compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algun amante loa á su dama de hermosa y la nota de cruel, ningun oprobio hace á su buen crédito; pero sea lo que fuere, lo que sé decir que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice assí:

SONETO.

*En el silencio de la noche, cuando  
Ocupa el dulce sueño á los mortales,  
La pobre cuenta de mis ricos males  
Estoy al cielo y á mi Clori dando.  
Y al tiempo cuando el sol se va mostrando  
Por las rosadas puertas orientales,  
Con suspiros y acentos desiguales  
Voy la antigua querella renovando.  
Y cuando el sol de su estrellado asiento  
Derechos rayos á la tierra envia,  
El llanto crece y doblo los gemidos.  
Vuelve la noche y vuelvo al triste cuento,  
Y siempre hallo en mi mortal porfia  
Al cielo sordo, á Clori sin oidos.*

Bien le pareció el soneto á Camila: pero mejor á

Anselmo, pues le alabó, y dijo que era demasiadamente cruel la dama que á tan claras verdades no correspondía. A lo que dijo Camila: luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad? En cuanto poetas no la dicen, respondió Lotario, mas en cuanto enamorados siempre quedan tan cortos como verdaderos. No hay duda desso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo como ya enamorada de Lotario, y assí con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido que sus desseos y escritos á ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ú otros versos sabia los dijesse. Sí sé, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir, mas malo, y podreislo bien juzgar, pues es este:

SONETO.

*Yo sé que muero; y si no soy creído,  
Es mas cierto el morir, como es mas cierto  
Verme á tus piés, ¡oh bella ingrata! muerto,  
Antes que de adorarte arrepentido.  
Podré yo verme en la region de olvido,  
De vida y gloria y de favor desierto,  
Y allí verse podrá en mi pecho abierto  
Cómo tu hermoso rostro está esculpido.  
Que esta reliquia guardo para el duro  
Trance que me amenaza mi porfia,  
Que en tu mismo rigor se fortalece.  
¡Ay de aquel que navega el cielo oscuro,  
Por mar no usado y peligrosa via,  
A donde norte ó puerto no se ofrece!*

Tambien alabó este segundo soneto Anselmo como habia hecho con el primero, y desta manera iba añadiendo eslabon á eslabon á la cadena con que se enlazaba y trababa su deshonra, pues cuando mas Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba mas honrado; y con esto todo los escalones que Camila bajaba hácia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido hácia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en cuan poco he sabido estimarme, pues si quiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera possession que le dí tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle. No te dé pena esso, señora mia, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimacion darse lo que se da presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por sí digno de estimarse; y aun suele decirse que el que luego da, da dos veces. Tambien se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco se estima en menos. No corre por tí essa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oido decir, unas veces vuela y otras anda; con este corre y con aquel va despacio, á unos entibia y á otros abrasa, á unos hiere y á otros mata: en un mesmo punto comienza la carrera de sus desseos, y en aquel mesmo punto la acaba y concluye: por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista; y siendo assí de qué te espantas ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido á Lotario habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros en la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Ansel-

mo le tuviesse de volver, y con su presencia quedasse imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que dessea que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los premeditados. Todo esto sé yo muy bien mas de experiencia que de oidas, y algun dia te lo diré, señora, que yo tambien soy de carne y de sangre moza: cuanto mas, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es assí, no te assalten la imaginacion esos escrupulosos y melindrosos pensamientos, sinó asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas á él, y vive con contento y satisfaccion de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima, y que no solo tiene las cuatro SSSS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sinó todo un A B C entero: sinó escúchame, y verás como te le digo de coro. Él es, segun yo veo y á mí me parece: Agradecido.—Bueno.—Caballero.—Dadivoso.—Enamorado.—Firme.—Gallardo.—Honrado.—Ilustre.—Leal.—Mozo.—Noble.—Onesto.—Principal.—Quantioso.—Rico; y las SSSS que dicen. Y luego, Tácito.—Verdadero: la X no le cuadra porque es letra aspada: la Y ya está dicha, la Z, Zelador de tu honra. Rióse Camila del A B C de su doncella y túvola por mas práctica en las cosas de amor que ella decia; y assí lo confesó ella descubriendo á Camila como trataba amores con un mancebo bien nacido de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuróla si passaban sus pláticas á mas que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura le respondió que sí passa-



ban: porque es cosa ya cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza á las criadas, las cuales cuando ven á las amas echar tras piés, no se las da nada á ellas de cojear ni de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila sinó rogar á Leonela no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniessen á noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que assí lo haria; mas cumpliólo de manera que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella habia de perder su crédito: porque la deshonesto y atrevida Leonela, despues que vió que el proceder de su ama no era el que solia, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viesse no habia de osar descubrielle: que este daño acarrean entre otros los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas criadas, y se obligan á encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galan en un aposento de su casa, no solo no la osaba reñir, mas dábale lugar á que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuesse visto de su marido; pero no los pudo quitar que Lotario no le viesse una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quién era, pensó primero que debia de ser alguna fantasma; mas cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdicion de todos si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan á deshora de casa de Anselmo no habia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo, solo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él lo era para otro: que estas añadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra

con el mismo á quien se entregó rogada y persuadida, y cree que con mayor facilidad se entrega á otros, y da infalible crédito á cualquiera sospecha que desto le venga; y no parece sinó que le faltó á Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos, pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin mas ni mas, antes que Anselmo se levantasse, impaciente y ciego de la zelosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ningunā cosa le habia ofendido, se fué á Anselmo y le dijo: sábeta, Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mesmo, haciéndome fuerza á no decirte lo que ya no es possible ni justo que mas te encubra. Sábeta que la fortaleza de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiere hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad ha sido por ver si era algun liviano antojo suyo, ó si lo hacia por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado: creí así mismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa me hablará en la recámara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que allí le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras á hacer alguna venganza, pues no está aun cometido el pecado, sinó con pensamiento, y podria ser que desde este, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento: y así ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré para que sin engaño y con medido advertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te convenga.

Finge que te ausentas por dos ó tres dias como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recámara, pues los tapices que allí hay y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los míos lo que Camila quiere, y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discrecion podrás ser el verdugo de tu agravio. Ab-sorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oír, porque ya tenia á Camila por vencedora de los fingidos assaltos de Lotario, y comenzaba á gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo: tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad: en todo he de seguir tu consejo, haz lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose dél se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuan neciamente habia andado, pues pudiera él vengarse de Camila, y no por camino tan cruel y tan deshonorado. Maldecia su entendimiento, afeaba su ligera determinacion, y no sabia qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo á Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella, assí como vió que le podia hablar le dijo: sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazon, que me le aprieta de suerte que parece que quiere reventar en el pecho: y ha de ser maravilla sinó lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela á tanto, que cada noche encierra un galan suyo en esta casa, y se está con él hasta el dia, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir á horas tan

inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es que no la puedo castigar ni reñir, que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal sucesso. Al principio que Camila esto decia creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que habia visto salir era de Leonela y no suyo, pero viéndola llorar y afligirse y pedirle remedio, vino á creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo; pero con todo esto respondió á Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela: dijo-le assí mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos habia dicho á Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recámara para ver desde allí á la clara la poca lealtad que ella le guardaba: pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decia, y con mucho enojo y muchas y discretas razones le riñó y afeó su mal pensamiento, y la simple y mala determinacion que habia tenido; pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, mas que el varon, puesto que le va faltando cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dijo á Lotario que procurasse que otro dia se escondiesse Anselmo donde decia, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde allí en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento le advirtió que tuviesse cuidado, que en estando Anselmo escondido él viniesse cuando Leonela le llamasse, y que á quanto ella le dijesse le respondiesse como respondiera aunque no su-

piera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabasse de declarar su intencion, porque con mas seguridad y aviso guardasse todo lo que viesse ser necesario. Digo, dijo Camila, que no hay mas que guardar, sinó fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiesse seguir el parecer que á ella tan bueno le parecia, y siguiesse ó buscasse otros que no podrian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro día con la excusa de ir á aquella aldea de su amigo se partió y volvió á esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendria el que esperaba ver por sus ojos hacer anatomía de las entrañas de su honra, víase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recámara, y apenas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando dando un grande suspiro dijo: ¡ay Leonela amiga! no seria mejor que antes que llegasse á poner en ejecucion lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon que yo lleve la pena de la agena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mí los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuesse causa de darle atrevimiento á descubrirme un tan mal desseo como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á essa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle esperando poner en efecto su mala intencion; pero primero se pondrá la cruel quanto honrada mia. ¡Ay señora mia! respondió

la sagaz y advertida Leonela, y qué es lo que quieres hacer con esta daga? quieres por ventura quitarte la vida ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que dissimules tu agravio y no des lugar á que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y él es hombre y determinado, y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado, quizá antes que tú pongas en ejecucion el tuyo, hará él lo que te estaria mas mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa; y ya, señora, que le mates como yo pienso que quieres hacer, qué hemos de hacer dél despues de muerto? Qué, amiga? respondió Camila: dejémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo á la lealtad que á mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anselmo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; mas cuando entendió que estaba resuelta en matar á Lotario, quiso salir y descubrirse porque tal cosa no se hiciesse; pero detúvole el desseo de ver en qué paraba tan gallarda y honesta resolucion, con propósito de salir á tiempo que la estorbase. Tomóle en esto á Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que allí estaba comenzó Leonela á llorar muy amargamente y á decir: ¡ay desdichada de mí, si fuesse tan sin ventura que se me muriese aquí entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidad! con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuvie-

ra por la mas lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí dijo: por qué no vas, Leonela, á llamar al mas desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se esfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se passe en amenazas y maldiciones la justa venganza que espero. Ya voy á llamarle, señora mia, dijo Leonela; mas hasme de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto que dejes con ella que llorar toda la vida á todos los que bien te quieren. Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero á quien tuvo la causa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir á este lugar á llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió y entretanto que volvía quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo misma: ¡válame Dios! no fuera mas acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda; pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á passo llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida lo que intentó con tan lascivo desseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no solo guardó la lealtad á su

esposo, sinó que le dió venganza del que se atrevió á ofendelle; mas con todo creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la empecé á dar en la carta que le escribí á la aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que allí le señalé, debió de ser que de puro bueno y confiado no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiesse haber género de pensamiento que contra su honra fuesse, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamás si su insolencia no llegara á tanto que las manifestas dádivas, y las largas promessas, y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Mas para qué hago yo ahora estos discursos? tiene por ventura una resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues temores; aquí venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mio, limpia he de salir dél, y cuando mucho saldré bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se paseaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados passos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sinó que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sinó un rufian desesperado. Todo lo miraba Anselmo cubierto detrás de unos tapices donde se habia escondido, y de todo se admiraba, y ya le parecia que lo que habia visto y oido era bastante satisfaccion para mayores sospechas; y ya quisiera que la prueba de venir Lotario faltara, temeroso de algun mal repentino successo; y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar á su esposa, se detuvo porque vió que Leonela volvía con Lotario de la mano; y assí como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della le dijo: Lotario, advierte lo que te digo: si á dicha

te atrevieras á passar desta raya que ves, ni aun á llegar á ella, en el punto que viere que lo intentas, en esse mismo me passaré el pecho con esta daga que en las manos tengo; y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderás lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario, que me digas si conoces á Anselmo mi marido, y en qué opinion le tienes; y lo segundo quiero saber tambien si me conoces á mí. Respóndeme á esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciesse esconder á Anselmo no hubiesse dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y assí correspondió con su intencion tan discretamente y tan á tiempo, que hicieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad; y assí, respondió á Camila desta manera: no pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aquí vengo: si lo haces por dilatar me la prometida merced, desde mas lejos pudieras entreternerla, porque tanto mas fatiga el bien desseado, quanto la esperanza está mas cerca de posseello; pero porque no digas que no respondo á tus preguntas, digo que conozco á tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años; y no quiero decir lo que tú tan bien sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma possession que él te tiene; que á no ser assí, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas y violadas. Si esso confiesas, respondió Camila, enemigo

mortal de todo aquello que justamente merece ser amado; con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te deberas mirar para que vieras con cuan poca ocasion le agraviaras? Pero ya caigo ¡ay desdichada de mí! en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que á tí mismo debes, que debe de haber sido alguna desenvoltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinacion, sinó de algun descuido de los que las mujeres que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no dime: cuándo ¡oh traidor! respondí á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiesse despertar en tí alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames desseos? cuándo tus amorosas palabras no fueron desechadas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mi creidas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme á mí la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algun descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y assí quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque viesses que siendo conmigo tan inhumana no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte á ser testigo del sacrificio que pienso hacer á la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor recato que te ha sido posible, y de mí tambien con el poco cuidado que he tenido de huir la ocasion, si alguna te dí, para favorecer y cano- nizar tus malas intenciones. Torno á decir que la sospecha que tengo que algun descuido mio engendró en tí tan desvariados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas desseo castigar con mis propias

manos, porque castigándome otro verdugo, quizá sería mas pública mi culpa; pero antes que esto haga quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el desseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá, dondequiera que fuere, la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones, con una increíble fuerza y ligereza arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavársela en el pecho, que cassi él estuvo en duda si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forzoso valerse de su industria y de su fuerza para estorbar que Camila no le hiriese: la cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y falsedad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia herir á Lotario, ó fingiendo que no podia dijo: pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo desseo, á lo menos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga; y haciendo fuerza para soltar la daga de la mano que Lotario la tenia asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiesse herir no profundamente, se la entró y escondió por mas arriba de la isilla del lado izquierdo junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspensos y atónitos de tal suceso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho viendo á Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento á sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenia, y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discrecion de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba comenzó á hacer una larga y triste lamentacion sobre el cuerpo de Camila como si estuviera difunta,

echándose muchas maldiciones, no solo á él sinó al que habia sido causa de habelle puesto en aquel término. Y como sabia que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha mas lástima que á Camila, aun que por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuesse á buscar quien secretamente á Camila curasse; pedíale assí mismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora si acaso viniessse antes que estuviessse sana. Él respondió que dijessen lo que quisiessen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuesse: solo le dijo que procurasse tomarle la sangre, porque él se iba á donde gentes no le viessen: y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veía no cessaba de hacerse cruces maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraba cuan enterado habia de quedar Anselmo, de que tenia por mujer á una segunda Porcia, y deseaba verse con él para celebrar los dos la mentira y la verdad mas disimulada que jamás pudiera imaginarse. Leonela tomó como le habia dicho la sangre á su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo que tenia en Camila un simulacro de la honestidad. Juntáronse á las palabras de Leonela otras de Camila, llamándose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera mas necesario tenerle para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedia consejo á su doncella si diria ó no todo aquel successo á su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijesse, porque le pondria en obliga-

cion de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada á no dar ocasion á su marido á que ríesesse, sinó á quitalle todas aquellas que le fuesse possible. Respondió Camila que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria; pero que en todo caso convenia buscar qué decir á Anselmo de la causa de aquella herida que él no podria dejar de ver: á lo que Leonela respondió que ella ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré á forjar ni sustentar una mentira si me fuesse en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengais pena, señora: de aquí á mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quizá que por ser la herida donde es la podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sossiéguese, señora mía, y procure sossegar su alteracion, porque mi señor no la halle sobresaltada; y lo demas déjelo á mi cargo y al de Dios, que siempre acude á los buenos desseos. Atentísimo habia estado Anselmo á escuchar y á ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Deseaba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa y ir á verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que habia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad á que saliesse, y él sin perdellos salió, y luego fué á buscar á Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas

que dió á Camila: todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegría, porque se le representaba á la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuán injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veía que Lotario no se alegraba, creyó ser la causa por haber dejado á Camila herida y haber sido él la ocasion; y assí entre otras razones le dijo que no tuviesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrírsele á él, y que segun esto no habia de qué temer, sinó que de allí adelante se gozasse y alegrasse con él, pues por su industria y medio él se veía levantado á la mas alta felicidad que acertara dessearse, y queria que no fuessen otros sus entretenimientos que en hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciessen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinacion, y dijo que él por su parte ayudaría á levantar tan illustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo haber en el mundo: él mismo llevó por la mano á su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama: recibíale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda, y salió á plaza la maldad con tanto artificio hasta allí cubierta, y á Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV.

*Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto.*

OCO mas quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchon donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado diciendo á voces: acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas refi-da y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. Qué decís, hermano? dijo el cura (dejando de leer lo que de la novela quedaba) estais en vos, Sancho? cómo diablos puede ser esso que decís estando el gigante dos mil leguas de aquí. En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decia á voces: tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes: y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sinó entren á despartir la pelea ó á ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su passada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazón el ventero, si don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su becera estaban llenos, y el vino derramado debe de

ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á don Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias, tenia en la cabeza un bonetillo colorado y grasiento que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante, y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á emprender, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino, lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cárdenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se la echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echasse de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sótilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador con su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez

en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí estan horadados y el vino tinto que nada en este aposento? que nadando vea yo en los infiernos el alma de quien los horadó. No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo dormido: tal le tenian las promessas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flemma del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á don Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir de hoy mas segura sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido. No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. Quién no habia de reir con los disparates de los

dos, amo y mozo? Todos reian, sinó el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejarónle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala ventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que assí estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperse mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre sinó me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sossegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiesse, assí de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole, que

cada y cuando que pareciesse haber sido verdad que su amo hubiesse descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y asseguró á la princesa que tuviesse por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que sinó parecia era porque todo cuanto en aquella casa passaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que assí lo creía y que no tuviesse pena, que todo se haria bien y sucedería á pedir de boca. Sossegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabasse: él que á todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prossiguió el cuento que assí decia:

## CAPITULO XXXVI.

*Donde se da fin á la novela del Curioso Impertinente.*

**S**UCEDIÓ pues, que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiesse al revés de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y deste modo por mil maneras era Anselmo el fabricante de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el gozo

que tenia Leonela de verse protegida en sus amores, llegó á tanto, que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco recelo pudiesse ponerle en ejecucion. En fin, una noche sintió Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba, sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole: sossiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir á Leonela, diciéndole que dijese la verdad, sinó que la mataria. Ella, con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo: no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, sinó muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo desta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedia, porque no pensaba oír cosa que contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y así se salió del aposento y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia passado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó

Camila ó no, no hay para qué decirlo, porque fué tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fé, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha saldria falsa ó no; y aquella mesma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que passaba, y le pidió que la pusiese en cobro ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiessen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él assí mesmo se ausentó luego de la ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el desseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fué á donde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas una sabanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la cosa, quedó assombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que deseaba. Sucedió acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que dellos faltaban las mas de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y assí como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le

halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio; y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sinó la casa desierta y sola. No sabia qué pensar, qué decir, ni qué hacer, y fuera de sí, poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin discrecion, sin mujer, sin amigos y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo, donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinasse toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando acossado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol; á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros: y allí se estuvo hasta que casi anochece, y á aquella hora vió que venia de la ciudad un hombre á caballo, y despues de haberle saludado le preguntó qué nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos días ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban Los Dos

Amigos. Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuese. Con tan desdichadas nuevas cassi cassi llegó á términos Anselmo, no solo de perder el juicio, sinó de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostassen, y que le diessen aderezo de escribir. Hizóse assí, y dejáronle acostado y solo, porque él assí lo quiso, y aun que le cerrassen la puerta. Viéndose pues solo comenzó á cargarse tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció que se le iba acabando la vida, y assí ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltó el aliento y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si passaba adelante su indisposicion, y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viessen la desgracia á Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

«Un necio é impertinente desseo me quitó la vida.

Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oídos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenía necesidad de querer que ella los hiciese; y pues yo fuí el fabricante de mi deshonra no hay para que.....»

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabían su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba, casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesión de monja, hasta que no de allí á muchos días le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al príncipe de Orange, que mandaba las tropas de Carlos V. en el reino de Nápoles, donde había ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila hizo profesión y acabó en breves días la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio. Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y mujer, algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVII.

*De otros raros sucessos que en la venta sucedieron.*

**STANDO** en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes; si ellos paran aquí, gaudeamus tenemos. Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta, con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón, ansímesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. Viénes muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho, y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apearse á la mujer que en el sillón venia; y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la mujer en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada. Los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, desseoso de saber qué gente era aquella que con tal trage y tal silencio entraba, se fué donde estaban los mozos y á uno de ellos le preguntó lo que deseaba, el cual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé

que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. Y la señora, quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir esso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno dellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que á vuestra merced he dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos días que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima; y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos se volvió á donde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo: qué mal sentís, señora mia? mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mí partè os ofrezco una buena voluntad de ser viros. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio hasta que llegó el caballero embozado (que dijo el mozo que los demas obedecian) y dijo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á

essa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, sinó quereis oir alguna mentira de su boca. Jamás la dije (dijo á esta sazón la que hasta allí habia estado callando) antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mesmo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio, bien clara y distintamente como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y assí como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡válgame Dios! qué es esto que oigo? qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estas voces aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien las daba se levantó en pié y fué á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero la detuvo sin dejarla mover un passo. A ella con la turbacion y dessorosiego se la cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y assombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo: y alzando los ojos Dorotea (que abrazada con la señora estaba) vió que el que abrazada assí mesmo la tenia era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luego y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella die-

ra consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y assí como la descubrió la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejasse con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual habia conocido en la voz á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó assí mesmo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento des-pavorido, y lo primero que vió fué á don Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á don Fernando, don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera: Dejádme, señor don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejádme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas; notad como el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis por mil costosas experiencias, que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (yá que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida. Vuelta en sí Dorotea, arrodillóse á los piés de don Fernando, y derramando lastimeras lágrimas le dijo: mira si te estará bien, ó te será possible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levan-

tar á igualar á tí mismo á la que presupuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sinó que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimiento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinacion de que si le viesse hacer algun movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiesse á todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida; pero á esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á don Fernando suplicándole tuviesse por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiesse quedasse defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerasse que no acasso como parecia, sinó con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiesse, dijo el cura, que solo la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y aunque los dividiessen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte, y que en los casos inremediabiles era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos

gozassen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pudiese los ojos assí mesmo en la beldad de Dorotea, y veria que pocas ó ninguna se le podian igualar, quanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, que no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo, y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto, á estas razones, añadieron todas otras tales y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto fué abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fé con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para aceptaros por mia, essa misma me impelió para procurar no ser vuestro y faltar á la verdad. Volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscin-da, y en ellos hallareis disculpa de todos mis yerros; y pues ella halló y alcanzó lo que desseaba, y yo he ha-

llado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea, y diciendo esto la tornó á abrazar y á juntar su rostro con el suyo, con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabassen de dar indubitables señas de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron assí las de Luscinda y Cardenio, y aun las de cassi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sinó que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sinó por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabia qué responderles, y assí los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea le dijesse cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio: de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras, y assí como hubo acabado dijo don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido, y que assí se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de ven-

garse con mas comodidad; y que otro dia supo como Lus-  
cinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie  
supiese decir á donde se habia ido, y que en resolucion,  
al cabo de algunos meses, vino á saber como estaba  
en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda  
la vida, si no la pudiesse passar con Cardenio, y que  
assí como lo supo, escogiendo para su compañía aque-  
llos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, á la  
cual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo  
que él estaba allí habia de haber mas guarda en el mo-  
nasterio: y assí aguardando un dia á que la portería  
estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la  
puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio  
buscando á Luscinda, la cual hallaron en el cláustro  
hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lu-  
gar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar  
donde se acomodaron de aquello que hubieron menes-  
ter para traella: todo lo cual habian podido hacer bien  
á su salvo por estar el monasterio en el campo, buen  
trecho fuera del pueblo. Dijo que assí como Luscinda  
se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que des-  
pues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sinó llo-  
rar y suspirar sin hablar palabra alguna, y que assí  
acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado  
á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo,  
donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de  
la tierra.

CAPITULO XXXVIII.

*Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.*

ODO esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima viendo que se le desaparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen sucesso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura, como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promessa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños con intereses que por cuenta de don Quijote le hubiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y assí con melancólico semblante entró adonde su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas des-

comunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida: y ha muerto y no de tabardillo, pues de un revés, zás, le derribe la cabeza echándola á rodar por el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás y... Qué es lo que dices, loco? replicó don Quijote, estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cae en ellos le han de admirar. No me maravillaria de nada desso, replicó don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuesse lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa desse jaez, mas no lo fué, sinó real y verdaderamente: y ví yo que el ventero que aquí está hoy día tenia del un cabo de la manta y me empujába hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sinó mucho moliemento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo don Quijote, dame de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucessos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el cura á don Fernando y á los demás las locuras de don Quijote, y del artificio que

habían usado para sacarle de la peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles así mismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles lo que á todos parecía, ser el mas extraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría la persona de Dorotea. No, dijo don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí, pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo de Mambrino en la cabeza, aunque abollado, abrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á don Fernando y á los demas la extraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decía, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea dijo:

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser os habeis vuelto en una particular doncella, si esto ha sido por orden del rey nigromante, vuestro padre, temeroso que yo no os diesse la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe

de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las passé y leí, hallara á cada passo como otros caballeros de menor fama que la mía habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigante, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y.....quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos. Vísteos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la plática de don Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días. No dijo mas don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiesse; la cual, como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiesse adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quien quiera que os dijo, valeroso Caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera dessearme; pero no por esso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he te-

nido. Assí que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto' dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo don Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladrón vagamundo, no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sossiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien pobria ser que yo me hubiesse engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princessa Micomicona: pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí estan heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y sinó, al freir de los huevos lo verá, quiero decir que lo verá cuando

aquí su merced el señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta. Basta, dijo don Fernando, y no se hable mas en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos passar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de servir y acompañaros, respondió don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mi se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas, si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos passaron entre don Quijote y don Fernando; pero á toda esta muy larga y agradable historia, puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros; porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran así mismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traía unos borcegués datilados y un alfanje morisco puesto en un tahalí, que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestida una almalfá que desde los hombros á los piés la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la bar-

ba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le había, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en traje parecia mora la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellos nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndola que assí ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: no os dé mucha pena, señora mia, la comodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas, pero con todo esto, si gustáredeis de possar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso de este camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á quanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sinó conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta ahora cosa ninguna, respondió Luscinda, sinó ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieran necesidad, especial-

mente siendo mujer á quien se sirve. Por ella y por mi, respondió el cautivo, os beso, señora mía, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dórotea, esta señora es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligasse á bautizalla, sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la Santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Estas razones pusieron gana en todos los que escuchándole estaban de saber quién fuesse la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitasse el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijesse lo que decian y lo que ella haria. El en lengua árábica le dijo que le pedian se quitasse el embozo, y que lo hiciesse, y assí se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa

y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoraida, y assí como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priessa llena de congoja y donaire: no, no Zoraida: María, María, dando á entender que se llamaba María y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compassivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor diciéndole: sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: sí, sí, María: Zoraida macange, que quiere decir no. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con don Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué possible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal assiento, puesto que él lo rehusaba, á don Quijote, el cual quiso que estuviesse á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y assí cenaron con mucho contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que professan la órden de la andante caballería. Si no, cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste

castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel Caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sinó que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima, cuanto á mas peligros está sujeto. Quitenseme delante los que esto dijeren que las letras hacen ventajas á las armas, que siempre les diré y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuesen su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas: ó como si en esto que llamamos armas los que las professamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento; ó como si no trabajasse el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, assí con el espíritu como con el cuerpo. Si no véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y congeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tie-

nen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar); hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y así las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires: «Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Y á la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos fué decirles, que cuando entrassen en alguna casa dijessen: «Paz sea en esta casa.» Y otros muchas veces les dijo: «Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros.» Bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mesmo es decir armas que guerra. Presupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del professor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviese por loco; antes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo: digo pues que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, (no porque todos sean po-

bres, sinó por poner este caso en todo el extremo que pueda ser;) y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudéz, ya en todo junto; pero con todo esso no es tanta que no coma aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero ó chimenea, que sinó calienta á lo menos entibia su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levántandose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que dessean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto (que habiendo passado por éstas Sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna) digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera, en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del militar guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré:

CAPITULO XXXIX.

*Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y las letras.*

**R**OSIGUIENDO don Quijote dijo: pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atendido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbear por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia, y á veces suele ser su desnudez tanta, que un colete acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío tengo por averiguado que debe de salir frio, contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá passado las sienas, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sinó que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para me-

drar en algo, pero estos milagros véñse raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, cuán menos son los premiados por la guerra que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse; assí que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se puede premiar sinó con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto á parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sinó volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y finalmente, si por ellas no fuesse, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas; y es razon averiguada que aquello que mas

cuesta se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliass, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada passo está á pique de perder la vida. Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia la parte donde él esta, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitán de lo que passa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisadamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de investirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas no le queda al soldado mas espacio del que concede dos pies de tabla de espolon, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artilleria se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura passar por tan estrecho passo al bajel contrario; y lo que mas es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin

del mundo, cuando otro ocupa su mesmo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala (disparada por quien quizá huyó espantado del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y assí considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante, en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los passados siglos. Todo este largo discurso dijo don Quijote en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenasse, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchádole habian, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que

al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmieta caballería. El cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mesmo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al cautivo les contasse el discurso de su vida, porque no podria ser sinó que fuesse peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diesse el gusto que él desseaba; pero con todo esso por no faltar en obedecelle le contaria. El cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos dijo que no era menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerza; y assí estén vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegassen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo hizo que todos se acomodassen y le prestassen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiesse, con voz agradable y reposada, comenzó á decir desta manera:

CAPITULO XL.

*Donde el cautivo cuenta su vida y sucessos.*

N un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrechez de aquellos pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si assí se diera mañana á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud, que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como móntruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y assí llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quie-

ro hacer una cosa con vosotros, que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio, tal, que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentar-me los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviesse en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiesse uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: Iglesia, ó mar, ó casa real, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga, ó la iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: mas vale migaja de rey que merced de señor. Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiesse las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviesse al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: mandándome á mí por ser el mayor que respondiessse. Despues de haberle dicho que no se deshiciesse de la hacienda, sinó que gastasse todo lo que fuesse su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliría su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi

rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiesse. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Assí como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fueron á cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliesse del tronco de la cassa, en un mesmo día nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mesmo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedasse viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomasse los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo; cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sinó quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedimos del y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiesse comodidad para ello, de nuestros sucessos prósperos ó adversos. Prometimoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro el de Sevilla y yo el de Alicante, adonde tuve nueva que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del ni de mis hermanos nueva alguna, y lo

que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milán, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á assentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla tuve nueva que el gran duque de Alba passaba á Flandes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Egemon y de Hornos, (estas muertes fueron la causa de mas rebeldías y maldades, y las únicas de donde nacieron para que mucho durasen, pues dicen que durarán siempre) alcancé á ser alferez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes se tuvo nueva de la liga que la santidad del papa Pio V., de felice recordacion, habia hecho con Venecia y con España, contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mesmo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venía por general desta liga el serenísimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe; divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el desseo de verme en la jornada que se esperaba (historia mia verdadera) y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine á Italia: y quiso mi buena suerte que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que passaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso

cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos; y aquel dia que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el moro y las demás naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (esta fué la batalla naval) porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron. Yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fueran los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte, que habiendo el Uchalí rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solos tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiessen, y assí me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la desseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el gran turco Selin hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de

los Tres Fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los leventes y genízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de investir dentro del mesmo puerto, y tenian á punto su ropa y passamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra sin esperar ser combatidos; tanto era el miedo que habian cobrado á nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía, sinó por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famosso corsario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal á sus cautivos, que así como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogassen á priessa, y pasándole de banco en banco, de popa á proa, le dieron tantos bocados, que á poco mas que passó del árbol ya habia passado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba y el ódio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como el señor don

Juan había ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el gran turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casta tienen, hizo paz con venecianos, que mucho mas que él la desseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros alárabes de toda la Africa mas de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inespugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sinó porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua y los turcos no la hallaron á dos varas, y assí con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar ni assistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sinó esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en

la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, cómo podia tan poco número (aunque mas esforzados fuessen) salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su mesma tierra? Pero á muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se assolasse aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla, de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicísima del invictísimo Cárlos V., como si fuera menester para hacerla eterna (como lo es y será) que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; però fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que passaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del Estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo quanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar, murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimesmo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanés, grande ingeniero, y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué una Pagan de Oria, caballe-

ro del hábito de San Juan, de condicion generosa, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan de Andrea de Oria, y lo que mas hizo lastimosa su muerte fué haber muerto á manos de unos alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece; y así se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traído vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural (no sé de qué lugar del Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento, especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trujo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mesmo patron; y antes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos dijo el uno, antes que vuestra merced passe adelante, le suplico me diga qué se hizo esse don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla se huyó en traje de arnaute con un griego espia, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que sí, porque de allí á un

año ví yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Bueno fué, respondió el caballero, porque esse don Pedro es mi herno, y está ahora en nuestro lugar, bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuestra merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia assí:

## CAPITULO XLI.

*Donde se prosigue la historia del cautivo.*

### SONETO.

*Almas dichosas que del mortal velo  
Libres y exentas por el bien que obrastes,  
Desde la baja tierra os levantastes  
A lo mas alto y lo mejor del cielo.  
Y ardiendo en ira y en honroso celo  
De los cuerpos la fuerza ejercitastes,  
Que en propia y sangre agena colorastes  
El mar vecino, y arenoso suelo.  
Primero que el valor faltó la vida  
En los cansados brazos, que muriendo,  
Con ser vencidos llevan la vitoria:  
Y esta vuestra mortal triste caida,  
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo  
Fama que el mundo os da, y el cielo gloria.*

Dessa mesma manera le se yó, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice assí:

SONETO.

*De entre esta tierra estéril desolada,  
Destos terrones por el suelo echados,  
Las almas santas de tres mil soldados  
Subieron vivas á mejor morada:  
Siendo primero en vano ejercitada  
La fuerza de sus brazos esforzados,  
Hasta que al fin, de pocos y cansados,  
Dieron la vida al filo de la espada.  
Y este es el suelo que continuo ha sido  
De mil memorias lamentables lleno  
En los passados siglos y presentes.  
Mas no mas justas de su duro seno  
Habrán al claro cielo almas subido,  
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.*

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo: Rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en dismantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes, pero por ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas; y todo aquello que habia quedado en pié de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino á tierra. En resolucion, la armada vencedora, volvió triunfante á Constantinopla, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban Uchalí Fartax, que quiere

decir en lengua turquesca el renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es porque no hay entre ellos sinó cuatro apellidos de linajes que descienden de casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo, y este tiñoso bogó el remo siendo esclavo del gran señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fé: y fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del gran turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues á ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento, entre el gran señor (que tambien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que deja el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensasse escribir á nadie el desdichado suceso mio, sinó por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto desseaba, porque jamás me desam-

paró la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra no correspondía el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingía y buscaba otra esperanza que me sustentasse; aunque fuessen débil y flaca. Con esto entretenía la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, assí los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman de almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen cerrar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sinó es cuando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo pues, era uno de los de rescate, que como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiessen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y assí passaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver á cada passo las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba á este,

desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser verdugo de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hechó cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y assí lo temió él mas de una vez, y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues; que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos, porque todos los demás cristianos habian salido á trabajar, alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandiendo y moviendo casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero assí como llegó alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijeran no con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mesmo que al primero. Finalmente fué el tercero y aví-

nole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte, y assí como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo y dentro del venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento, como la admiracion de pensar de dónde podía venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sinó á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano, que la abrian y cerraban muy á priessa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna mujer que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos hicimos zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la mesma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia, pero la blancura de la mano y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y assí todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se passaron quince dias en que no la vimos, ni la

mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivía, y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sinó que allí vivía un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que había sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habían de llover mas cianis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo mas crecido, y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada, solo y sin gente. Hecimos la acostumbrada prueba yendo cada uno, primero que yo, de los mismos tres, que allí estaban; pero á ninguno se rindió la caña sinó á mí, porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todas nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leería el papel y cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendía el arábigo, era grande el desseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargasse, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fé, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva desseo de huirse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena in-

tencion, otros se sirven de ellas acaso de industria, pues viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venian en curso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan destes papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditábamos cuanto era possible; y si los moros le hallaran estos papeles le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarlo sinó escribirlo; pero antes que del todo me declarasse con él le dije que me leyesse aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendia: dijo-me que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciesse. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: Lela Marien, quiere decir nuestra Señora la Vírgen María. Leimos el papel, y decia assí:

• Cuando yo era niña tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La cristiana murió y yo sé que no fué al fuego, sinó con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuesse á tierra de cristianos á ver á Lela Marien, que me queria mucho.

No sé yo como vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sinó tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido si quisieres, y sinó quisieres no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quién me case. Yo escribí esto, mira á quién lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y sinó tienes quien te escriba arábigo dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y essa cruz que yo beso muchas veces, que assí me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirassen y alegrassen; y assí lo uno y lo otro fué de manera que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sinó que realmente á alguno de nosotros se habia escrito; y assí nos rogó que si era verdad lo que sospechaba que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad; y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad y secreto en todo quanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adivinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto desseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado, por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas, y con muestras de tanto arrepentimien-

to dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer, consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y assí le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivía. Acordamos ansí mesmo, que sería bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer luego, al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió, fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera madre de Dios, y es la que te ha puesto en corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender, cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que estan conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua, tan bien como lo verás por este papel. Assí que sin tener miedo nos puedes avissar de todo lo que quissieres. A lo que dices que si fueres á tierra de cristianos que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Marien, su madre, sean en tu guarda, señora mia.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos dias á

que estuviese el baño solo como solía, y luego salí al paseo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecía, que no tardó mucho en assomar. Assí como la ví, aunque no podia ver quién la ponía, mostré el papel, como dando á entender que púsiessen el hilo, pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel y de allí á poco tornó á aparecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo, dejáronla caer y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mesmo moro que á nosotros nos habian dicho que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué orden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que assí se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardasse en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el

lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia: Inclínose á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que assí decia:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; rescatate tú con ellos y esos tres amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá un barca, y vuelva por los demás, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon, junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podeis sacar sin miedo y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sinó yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin y cuando te pasees por ahí sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.»

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescata-do, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse en libertad hasta que fuessen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuesse á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le

habian rescatado y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia nos contó brevemente un caso, que casi en aquella mesma sazón habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada passo suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le dicsse á él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca fácilmente se daría traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Quanto mas que si la mora; como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del día, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sinó es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sinó para irse á tierra de cristianos, pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tagarino fuesse á la parte con él en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que sinó hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, si descubriesse el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todas las nuestras; y así determinamos de ponernos en las manos

de Dios, y en las del renegado: y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponnello luego por obra. Ofrecíme de nuevo á ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces, con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero, y que si aquello no bastasse, que se lo avisássemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, cuanto mas, que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca, con ochocientos me rescaté yó, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola, de que con el primer bajel que viniessse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus granjerías lo habia callado. Finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atrevia que luego se desembolsasse el dinero. El juéves, antes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome, que si me rescatasse supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo casso buscasse ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que assí lo haría, y que tuviesse cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto dimos orden de que los tres compañeros cautivos se rescatas-

sen, por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado, y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotassen y les persuadiesse el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida, que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor; con todo esso no quise poner el negocio en aventura, y assí los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiesse hacer la fianza: al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que habia.

## CAPITULO XLII.

*Donde todavia prosigue el cautivo su suceso.*

**N**O se passaron quince dias, quando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de mas de treinta personas: y para assegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está sesenta millas de Argel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos passos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que habia dicho. Tagarinos llaman en Berbería á las moros de Aragon, y á los de Granada mudejares: y en el reino de Fez llaman á los mudejares elches, los cuales son la gente de quien aquel rey mas se sirve en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba: y allí muy de propósito se ponía el renegado con los morillos que bogaban al remo, ó ya á hacer la zalá, ó á ensayarse de burlas á lo que pen-

saba hacer de veras, y así se iba al jardín de Zoraida y pedia fruta, y su padre se la daba sin conocele: y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estoviesse contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sinó es que su marido ó su padre se lo manden. De cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que sería razonable, y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuándo, y cómo, y á donde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que ya estábamos rescatados, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogassen al remo, me dijo que mirasse yo cuales queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviesse hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes, hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso, y se habian llevado toda la gente de remo: y estos no se hallaran sinó fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero. A los cuales no les dije otra cosa, sinó que el primer viérnes, en la tarde, se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen á la vuelta del jardín de Agimorato, y que allí me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí vieses

otros cristianos, no les dijessen, sinó que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviesse apercebida y sobre aviso, que no se sobresaltasse si de improviso la assaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver. Y assí determiné de ir al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien me encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nacion alguna, sinó una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó, que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arnaut Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandísimo amigo suyo) y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó nó, y que cuanto pedía mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto: y como las moras en ninguna manera hacen modos de ocultarse á los cristianos, ni tampoco los esquivan (como ya he dicho) no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, antes luego cuando su padre vió que venia y despacio, la llamó y mandó que llegasse. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos; solo diré, que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia

en la cabeza. En las gargantas de los piés, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que assi se llaman las manillas ó ajorcas de los piés, en morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos, valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras, es adornarse de ricas perlas y aljofar, y assi hay mas perlas y aljofar entre moros, que entre todas las demás naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel habia, y de tener assi mismo mas de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos se podrá conjeturar cuál debia de ser en las prosperidades. Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse, y es natural cosa que las passiones del ánimo la levanten ó abajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Assi como ella llegó, le dijo su padre, en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaut Mami, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí: que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo

me estimaba, pues habia dado por mí mil y quinientos zoltamis. A lo cual ella respondió: En verdad, que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser esso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. Y cuándo te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije: porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. Nó es mejor (replicó Zoraida) esperar á que vengan bajeles de España, y irte con ellos, que no con los de Francia que no son vuestros amigos? No, respondí yo: aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavia yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana: porque el desseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por esso desseas ir á verte con tu mujer. No soy, respondí yó, casado, mas tengo dada palabra de casarme en llegando allá. Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: gualá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino. Sinó mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas de estas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, mas declaraba su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo

y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mesmo hizo Zoraida. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuessen esclavos suyos. Digo pues, que dijo su padre á Zoraida: Hija, retírate á la casa, y enciértrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes: y tú, cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos, dejandome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre la habia mandado. Pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: tamejé, cristiano, tamejé? que quiere decir: váste, cristiano, váste? Yo la respondí: señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primero juma me aguardas, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos: y echándome un brazo al cuello, con desmayados passos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con su brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que sbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba: y yo assí mismo dí á en-

tender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: amejí, cristiano, amejí; vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos, no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre. Quédate en paz, y con tú licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú ni niño de los cristianos la enojen, sinó que por decir que los turcos se fuessen, dijo que tú te fuesses, ó porque ya era hora que buscasses tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma (al parecer) se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine y dí cuenta de cuanto habia passado al renegado y á mis compañeros, y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó y se llegó el dia y plazo de nosotros tan desseado, y si-

guiendo todos el orden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que desseábamos. Porque el viérnes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardin, nuestro renegado al anochecer dió fondo con la barca, casi frontero donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo, estaban prevenidos, y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, desseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sinó que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré á mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Cuando estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros bagarinos que bogaban al remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Díjimosle en lo que reparábamos, y él dijo, que lo que mas importaba, era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y así sin detenernos mas, haciendo él la guia llegamos al bajel, y saltando él dentro primero metió mano á un alfanje y dijo en morisco: Ninguno de vosotros se mueva de aquí sinó quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros,

que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los passarian á todos cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos assí mismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y assí con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y assí como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos Nizarani, como si dijera ó preguntára si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajasse. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante: abrió la puerta y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis camaradas, y los demás que el caso no sabian hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sinó que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella, á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien

habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperáos un poco y lo vereis. Y diciendo esto, se volvió á entrar, diciendo que muy presto volvería, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun ruido. Preguntéle al renegado lo que con ella habia passado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertasse en el ínterin, y sintiesse el ruido que andaba en el jardin, y assomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desafortadas voces, comenzó á decir en arábigo: cristianos, cristianos, ladrones, ladrones: por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion. Pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de los nuestros, que yó no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos: en resolucion, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos, y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablar le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se habia puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necessarios los piés, con diligencia y presteza, nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche cuando ya estábamos todos

en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca: pero tornóle á decir el renegado lo que no hablasse palabra, que le quitarían la vida; él como vió allí á su hija comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse ni esquivarse, se estaba queda, pero con todo esto callaba, porque no pusiese en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demás moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciesse merced de soltar á aquellos moros, y de dar libertad á su padre, porque antes se arrojaría en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento: pero él respondió que no convenia, á causa que si allí los dejaban apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliessen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomassen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos, que lo que se podria hacer, era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer vinimos todos, y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca: pero á causa de soplar un poco el viento tramontana, y estar la mar algo picada, no fué possible seguir la derrota de Mallorca, y fué nos forzosamente dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin

mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae sesenta millas de Argel; y assí mismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y todos juntos, presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, sinó que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zoraida en tanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudasse. Bien habríamos navegado treinta millas quando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese, pero con todo esso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sossegada, y habiendo entrado casi dos leguas dióse órden que se bogasse á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca; puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les dissen de comer los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose ansí, y en esto comenzó á soplar un viento largo que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Oran por no ser possible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y assí á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sinó el de encontrar con bajel que de corso fuesse. Dimos de comer á los moros bagarinos, y el reñegado los consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo espe-

rar y creer de vuestra liberalidad y buen término, ¡oh cristianos! mas el darme libertad no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela para volvérmela tan liberalmente, especialmente sabiendo quien soy yo, y el interesse que se os puede seguir de dárme la; el cual interesse, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiéredes por mí y por essa desdichada hija mia, ó sinó por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente, que á todos nos movió á compassion, y forzó á Zoraida que le mirasse, la cual viéndole llorar assí se enterneció tanto, que se levantó de mis piés y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos les acompañamos en él. Pero quando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: qué es esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre para solemnizalla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte quando nos fué la ventura mas favorable? Respóndeme á esto, que me tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero quando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle, que cómo aquel cofre habia venido á nuestras manos, y qué era lo que venia dentro? A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le

respondió: No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas, y assí quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad, tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida y de la pena á la gloria. Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Assí es, respondió Zoraida. Que en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida: La que es cristiana yo soy: pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi desseo se extendió á quererte ni á hacerte mal, sinó á hacerme á mi bien. Y qué bien es el que te has hecho, hija? Esso, respondió ella, preguntáselo tú á Lela Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apenas hubo oido esto el moro, quando con una increíble presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacassen, y assí acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa le sacamos medio ahogado y sin sentido, de lo que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales habiéndose trocado el viento nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava Rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana; y es tradicion entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la

Cava, por quien se perdió España, porque Cava en su lengua, quiere decir mujer mala, y Rumia cristiana, y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella; puerto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sinó puerto seguro de nuestro remedio, segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano; comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Señora, de todo nuestro corazon, que nos ayudassen y favoreciessen, para que felicemente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse orden á suplicacion de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que allí atados venian: porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos alestargado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo assí al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejallos en aquel lugar que era deshabitado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuessen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: Porqué pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? Pensais que es por piedad que de mí tiene? no por cierto, sinó que lo hace por el estorbo que le hará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos desseos; ni penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sinó el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra;

y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algun desatino no hiciesse, le dijo: ¡oh infame moza y mal aconsejada muchacha! á dónde vas ciega y desatinada en poder destos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priessa á ponelle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos rogando á Mahoma rogasse á Alá que nos destruyesse, confundiesse y acabasse: y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, messarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera que pudimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres esse dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra sinó: plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priessa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y assí consolando yo á Zoraida atendimos todos á nuestro viage, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro día al amanecer en las riberas de España: mas como pocas

veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean; quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto á bajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravessaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embertisle, y ellos assí mesmo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin dada son corsarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo passado un poco adelante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con bala, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otro pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos: Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces, y cuerdas encendidas, y assí llegaron junto al nuestro; y vien-

do cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundía, nos recogieron diciendo que por haber usado de la descortesía de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echasse de ver lo que hacia. En resolucion todos passamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los piés; pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me la daba el temor que tenia de que habian de passar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los desseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y desto jamás se ve arta su codicia, la cual entonces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sinó pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiesse, y irse á la Rochela, de donde habia salido; y assí tomaron por acuerdo de darnos el esquite de su navio, y todo lo necessario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista, todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si no hubieran passado por nosotros; tanto es el gusto

de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio día podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitassen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el batel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priessa á bogar, que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche, pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros nos parecia, diciendo, que diésemos en ella, aunque fuesse en unas peñas, y lejos de poblado, porque assí aseguráramos el temor que de razon se debia tener, que por allí anduviessen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediesse, desembarcásemos donde pudiésemos. Hizose assí, y poco antes de la media noche seria cuando llegamos al pié de una disformíssima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediesse un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de muy alegríssimo contento, dimos todos gracias á Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos habia

hecho en nuestro viage: sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos assegurar el pecho, ni acababámos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos; acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores, pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra á dentro: pues no podria ser menos sinó que presto descubriésemos quien nos diesse noticia della: pero lo que á mi mas me fatigaba, era el ver ir á pié á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas la cansaba á ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y assí nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomasse: y con mucha paciéncia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado, y mirando todos con atencion si alguno aparecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con gran reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él; y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos y no sabíamos qué hacernos, pero con-

siderando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas de turco, y se vistiese un gilecuelco ó casaca de cautivo que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y assí encomendándonos á Dios fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa, y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habian pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza, corriendo á media rienda á nosotros se venian, y assí como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos, pero como ellos llegaron y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos preguntó si éramos nosotros á caso la ocasion porque un pastor habia apellidado al arma: Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi successo, y de dónde veniamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venia conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir mas palabra: Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo, diciéndole: Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida, para que gocen el placer

de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los desta compañía, comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Assí es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado: otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se había adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le había sacado al rostro tales colores, que sinó es que la afición entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiesse visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y assí como en ella entró Zoraida, dijo que allí habia rostros que se parecian al de Lela Marien. Dijámosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorasse como si verdaderamente fueran cada una dellas la misma Lela Marien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al rene-

gado, Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los cuales, el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio santísimo de la Iglesia, los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo con solo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mía, puesto que por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogerla, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y la vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habéroslo contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO XLIII.

*Que trata de lo que mas sucedió en la venta y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

 ALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien don Fernando dijo: Por cierto, señor capitán, el modo con que habeis contado este extraño successo, ha sido tal que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto don Fernando, todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando, que si queria volverse con él, que él haria que el marqués su hermano fuesse padrino del bautismo de Zoraida, y que él por su parte le acomodaría de manera que pudiesse entrar en su tierra con la autoridad y cómodo que á su persona se debía. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto, entrada ya la noche y al cerrar della, llegó á la venta un coche con algunos hombres de acaballo: pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque esso sea, dijo uno de los de acaballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspedea, y dijo: Señor, lo que en ello hay, es, que no ten-

go camas, si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero, pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia. Porque la ropa luenga, con las mangas arroçadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista. De suerte que á no haber visto á Dorotea, y á Luscinda, y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difficilmente pudiera hallarse. Hallóse don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y assí como le vió dijo: Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y las letras traen por guía y adalid á la hermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sinó apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo. Aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos hués-

pedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla. Pero don Fernando, Cardenio y el cura, le hicieron mas llenos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, assí de lo que veía, como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba. Pero el talle, visage y la postura de don Quijote, le desatinaba; y habiendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrassen en el camarachon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assí fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuesse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traía, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, que cómo se llamaba y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que él habia visto, se acabo de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre. Y alborotado y contento, llamando á parte á don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que passaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado, como iba proveido por oidor á las Indias, en la audiencia de Méjico. Supo tambien como aquella doncella era su

hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo, qué modo tendria para descubrirse ó para conocer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaría ó le recibiría con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer essa experiencia, dijo el cura, quanto mas que no hay pensar sinó que vos, señor capitán, sereis muy bien recibido. Porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dijo el capitán, yo querría no de improviso, sinó por rodeos darme á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena del oidor, y todos le acompañaron á la mesa, escepto el cautivo y las señoras, que se quedaron en su aposento. En la mitad de la cena, dijo el cura: del mesmo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años. El cual camarada, era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería Española. Pero tanto quanto tenia de esforzado y valeroso, tenía de desdichado. Y cómo se llamaba esse capitán, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon. El cual me contó un caso que con su padre y sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Catón; y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra le

habia sucedido tambien, que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestro de campo, pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad, en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucessos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad suma contó lo que con Zoraida á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado, de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España, ó llevádoslos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando algo de allí desviado el capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia; el cual viendo ya que el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡Oh señor, si supiéssedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Este capitán tan valeroso que decis es mi mayor hermano, el cual, como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo y otro hermano mayor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada

en la conseja que á vuestro parecer le oistes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que veis. Mi segundo hermano está en el Perú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansí mismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el desseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios en contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aficciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sinó con toda melancolía y tristeza. ¡Oh buen hermano mio, y quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los míos! ¡Oh quién llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenías vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á mi hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar

muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion, y con lo que desseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y assí se levantó de la mesa, y entrandó donde estaba Zoraida la tomó por la mano y tras ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él assímesmo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban y dijo: Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas y cólmese vuestro desseo de todo el bien que acertare á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis, es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo. Los franceses que os dije los pusieron en la estrechez que veis, para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso sus anchas manos en el pecho por mirarle algo mas apartado: mas cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, quanto mas escribirse. Allí, en breves razones, se dieron cuenta de sus sucessos; allí mostraron, puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos; allí abrazó el oidor á Zoraida; allí le ofreció su hacienda; allí hizo que la abrazasse su hija; allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima, renovaron las lágrimas de todos; allí don Quijote, estaba atento, sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucessos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería; allí concerta-

ron, que el capitan y Zoraida, se volviessen con su hermano á Sevilla, y avisassen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiesse, viniessen á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor possible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que della les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestassen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras en la caballeriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la

puerta del aposento Cardenio y dijo: Quien no duerma escuche, que oirá una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea. Y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion possible, entendió que lo que se cantaba era esto.

### CAPITULO XLIII.

*Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.*

*Marinero soy de amor,  
Y en su piélago profundo  
Navego sin esperanza  
De llegar á puerto alguno.  
Siguiendo voy á una estrella,  
Que desde lejos descubro,  
Mas bella y resplandeciente  
Que cuantas vió Palinuro.  
Yo no sé adónde me guía,  
Y así navego confuso,  
El alma á mirarla atenta,  
Cuidadosa y sin discurso.  
Recatos impertinentes,  
Honestidad contra el uso,  
Son nubes que me la encubren  
Cuando mas verla procuro.  
¡Oh clara y luciente estrella  
En cuya lumbre me apuro!  
Al punto que te me encubras  
Será de mi muerte el punto.*

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no sería bien que dejase Clara de oír una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gustes de oír la mejor voz que quizá habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decía, y queriéndose cerciorar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oído dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea la dijo: ¡ay señora de mi alma y de mi vida! para qué me despertastes? que el mayor bien que la fortuna me podía hacer por ahora era tenerme cerrados los ojos y los oídos para no ver ni oír á esse desdichado músico. Qué es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sinó señor de lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma con tanta seguridad, si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometían, y así le dijo: hablais de modo, señora Clara, que no puedo entenderos; declaraos mas y decidme qué es lo que decis de alma, y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene. Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buena hora, respondió Clara, y por no oírle se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que tambien se admiró Dorotea; la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguía en esta manera:

*Dulce esperanza mia,  
Que rompiendo impossibles y malezas,  
Sigues firme la via  
Que tu mesma te finges y aderezas;  
No te desmaye el verte  
A cada passo junto al de tu muerte.*

*No alcanzan perezosos  
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,  
Ni pueden ser dichosos  
Los que no contrastando á la fortuna,  
Entregan desvalidos  
Al ocio blando todos los sentidos.*

*Que amor sus glorias venda  
Caras, es gran razon, y es trato justo,  
Pues no hay mas rica prenda  
Que la que se quilata por su gusto;  
Y es cosa manifesta  
Que no es de estima lo que poco cuesta.*

*Amorosas porfias  
Tal vez alcanzan impossibles cosas;  
Y ansi, aunque con las mias  
Sigo de amor las mas dificultosas,  
No por esso recelo  
De no alcanzar desde la tierra el cielo.*

Aquí dió fin la voz y principió á nuevos sollozos Clara. Todo lo cual encendia el desseo de Dorotea, que desseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y assí le volvió á preguntar qué era lo que le queria decir denantes. Entonces, Clara, temerosa de que Lusinda la oyesse, abrazando estrechamente á Dorotea puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y assí le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor

de dos lugares, el cual vivía frontero de la casa de mi padre en la corte; y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer y aun querer, sin saber lo que me quería. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaría conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que así fuera, como sola y sin madre no sabia con quién comunicallo, y así lo dejé estar sin dalle otro favor sinó era cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre, y así el día que nos partimos, nunca pude verle para despedirme del siquiera con los ojos. Pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le ví á la puerta del meson, puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocele. Conocíle, admiréme y alégreme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde, cuando atraviessa por delante de mí en los caminos y en las posadas do llegamos. Y como yo sé quién es, y considero que por amor de mí viene á pié y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y á donde él pone los piés, pongo yo los ojos. No sé con qué intencion viene, ni cómo ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente,

porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy gran estudiante y poeta; y hay mas, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella, echareis bien de ver que no es mozo de mulas, como decís, sinó señor de almas y lugares como ya os he dicho. No digais mas, señora doña Clara, dijo á esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: No digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo doña Clara, qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa? pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuánto hay en el mundo. No querria sinó que este mozo se volviessi y me dejasse, quizá con no velle, y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo: aunque sé decir que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco: no sé que diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuán como niña hablaba doña Clara, á quien

dijo: Reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, ya amanecerá Dios y medraremos, ó mal me andarán las manos. Sossegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio, solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes, su criada. Las cuales como ya sabían el humor de que pecaba don Quijote, y que estaba fuera de la venta, armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de passar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sinó un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma. Y assí mesmo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ¡oh mi señora Dulcinea del Toboso! extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo; y qué fará agora la tu merced? Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros por solo servirte, de su voluntad, ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ¡oh luminaria de las tres caras! quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó passeándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, esta considerando como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, qué gloria ha dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente, qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú sol, que ya

debes de estar á priessa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, assí como la veas, suplícode que de mi parte la saludes, pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas celos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata Daphnes, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia ó por las riberas del Peneo, que no me acuerdo bien por donde corríste entonces, zeloso y enamorado. A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: Señor mio, lléguese á cála vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió don Quijote la cabeza y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez, como la passada, la doncella hermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaba á solicitarle, y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, y se llegó al agujero, y assí como vió á las dos mozas dijo: Lástima os tengo, hermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros desseos, que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa

con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosela en continente, si bien me pidiéssedes una güedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras: ó ya los mismos rayos del sol, encerrados en una redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor caballero) dijo á este punto Maritornes. Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió don Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran desseo que á este agujero la ha traido, tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso, respondió don Quijote, pero él se guardará bien desso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes, que sin duda don Quijote daría la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que don Quijote se habia puesto de piés sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo: Tomad, señora, essa mano, ó por mejor decir esse verdugo de los malhechores del mundo: tomad essa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possession de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sinó para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacáreis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo

una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque assí como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de piés sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandíssimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo, y assí no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez passada quando en aquel mesmo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que quando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sinó para otros, y assí no tienen necessidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que

tiraba con tiento porque Rocinante no se moviesse; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sinó estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el dessear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviesse encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre la albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudassen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriesse; y finalmente allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso que bramaba como un toro porque no esperaba él que con el día se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado; y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se passase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por don Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las for-

talezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos á fuera, y esperad que aclare el día, y entonces veremos si será justo ó no que os abran. Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar essas ceremonias? si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y passar adelante, porque vamos de priessa. Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió don Quijote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro; pero sé que decís disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo essas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como en esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabéis poco del mundo, replicó don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que don Quijote passaba, y assi tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban, y assi se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y assi no se hubo movido tanto cuanto, cuando

se desviaron los juntos piés de don Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los piés besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien assí como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que se estiren llegarán al suelo.

#### CAPITULO XLV.

*Donde se prosiguen los inauditos sucessos de la venta.*

N efecto, fueron tantas las voces que don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mesmo. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viesse el cabestro que á don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron qué tenia que tales voces daba. El sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo; cualquiera que dijere que yo he sido con justo título en-

cantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de don Quijote, pero el ventero les quitó de aquella admiracion diciéndoles que era don Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traía el amante de doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta que no habia echado de vér en el que preguntaban; pero habiendo visto uno dellos el coche donde habia venido el oidor, dijo: aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta, y entren los demás á buscarle; y aun sería bien que uno de nosotros rodeasse toda la venta porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Assí se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta, todo lo cual veía el ventero, y no sabia atinar para qué se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo, cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazón aclaraba el día, y assí por esto como por el ruido que don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el desseo de verle, habian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso dél, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa,

habiendo dado su palabra y fé de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos, y miró de espacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sinó prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venia este camino y en este traje? Un estudiante, respondió el criado, á quien diste cuenta de vuestros pensamientos, fué el que lo descubrió, movido á lástima, de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó menos, y assí despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere ó como el cielo lo ordenare, respondió don Luis. Qué habeis de querer ó qué ha de ordenar el cielo, fuera de con-

sentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos passaban oyó el mozo de mulas, junto á quien don Luis estaba, y levantándose de allí fué á decir lo que passaba á don Fernando, y á Cardenio, y á los demás, que ya vestido se habian, á los cuales dijo cómo aquel hombre llamaba de don á aquel muchacho, y las razones que passaban, y cómo le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran desseo de saber mas particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y assí se fueron hacia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada, y llamando Dorotea á Cardenio á parte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, á quien él tambien dijo lo que passaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejasse de oír doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí, que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados diciéndole, que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian quisiese ó no quisiese. Esto no hareis vosotros, replicó don Luis, sinó es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porffa todos los mas

que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y don Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian que qué les movía á querer llevar contra su voluntad aquel muchacho? Muevénos, respondió uno de las cuatro, dar la vida á su padre, que por la ausencia deste caballero queda á peligro de perderla. A esto dijo don Luis, no hay para qué se de cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre, y volveré, si me diere gusto, y sinó ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dijo á este tiempo el oidor. Pero el hombre, que le conoció como vecino de su casa, respondió: No conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el oidor mas atentamente, y conocióle, y abrazándole dijo: Qué niñerías son estas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos, y no pudo responder palabra. El oidor dijo á los cuatro que se sossegassen, que todo se haria bien, y tomando por la mano á don Luis, le apartó á una parte y le preguntó qué venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado

irse sin pagar lo que debian; mas el ventero que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intencion, con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños, y assí le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: Socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. A lo cual respondió don Quijote muy de espacio y con mucha flema: Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto; mas lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: Corred y decid á vuestro padre que se entretenga en essa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. Pecadora de mi, dijo á esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra merced alcance essa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré, á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas. Y sin decir mas, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas, que la su grandeza fuesse servida de darle licencia de acorrer y

socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, á donde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero, pero assí como llegó embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenía, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil: pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto passaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de don Quijote, y de lo mal que lo passaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó sinó sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atrás cincuenta pasos, á ver que fué lo que don Luis respondió al oidor, que le dejamos á parte preguntándole la causa de su venida á pié y de tan vil traje vestido, á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia, le dijo: Señor mio, yo no sé deciros otra cosa, sinó que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viesse á mi señora doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueña de mi voluntad, y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje, para seguirla donde quiera que fuesse, como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe

de mis desseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya señor sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, assí de haber oido el modo y la discrecion con que don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia él qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio: y assí no respondió otra cosa, sinó que se sossegasse por entonces, y entretuviesse á sus criados, que por aquel dia no le volviessen, porque se tuviesse tiempo para considerar lo que mejor á todos estoviesse. Besóle las manos por fuerza don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa qué pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del oidor, que como discreto ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio, puesto que si fuera possible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabia que pretendia hacer dar título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de don Quijote, mas que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del oidor, y la resolucion de su amo, cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mesmo punto entró en la venta el barbero á quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo: el cual barbero, llevando su jumento á la caballe-

riza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y assí como la vió la conoció y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: ¡ah don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre: pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en la albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: Aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos. Ya estaba don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y tívole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armalle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, assí esta albarda es mía como la muerte que debo á Dios, y assí la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir, sinó pruébensela, y si no le viniere pintiparada, yo quedaré por infame; y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azofar, nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos, y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviesen de manifesto hasta que la verdad se aclarasse dijo: Porque vean vuestras mercedes clara y manifesta-

mente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion; en lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir, es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los mas hermosos jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon, sinó es la ordinaria, que como essas transformaciones, se ven en los sucessos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Pardiez, señor, dijo Sancho, sinó tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino, como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á do estaba la bacía y la trujo, y assí como don Quijote la vió la tomó en las manos, y dijo: Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero que esta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho, y juro por la órden de caballería que professo, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En esso no hay duda, dijo á esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con él mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo passara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPITULO XLVI.

*Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.*

UÉ les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacía sinó yelmo? Y quien lo cóntrario dijere, dijo don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero (este es el que venia con el cura y era del lugar de don Quijote) que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riessen: y dijo hablando con el otro barbero. Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio; y tengo mas ha de veinte años carta de exámen; y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno; y ni mas ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado; y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados: y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este, aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es,

dijo el cura que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y su camaradas; y aun el oidor, sinó estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla: pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazón el barbero burlado, que és posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sinó yelmo? cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea: Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo don Quijote, pero ya he dicho que en esso no me entremeto de que sea albarda ó jaez. Dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores míos, dijo don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atrevo á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, por que imagino que quanto en él se trata va por via de encantamento: la primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve atado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo nó, vine á caer en aquella desgracia. Assí que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario; en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo de declarar si essa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia difinitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy,

no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamientos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto don Fernando, sinó que el señor don Quijote ha dicho muy bien, y que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destes señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de don Quijote, era todo esto materia de grandíssima risa; pero á los que la ignoraban, les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni mas ni menos, y á otros tres passageros que á caso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver como andaba don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á don Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que desseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sinó jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y assí habreis de tener paciencia, porque á vuestro pensar, y al de vuestro asno, este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero,

si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece á mi albarda y no jaez: pero allá van leyes, &, y no digo más: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decía el barbero, que los disparates de don Quijote, el cual á esta sazón dijo: Aquí no hay mas que hacer sinó que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento, como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mi á entender cuantos hoy viven en el mundo al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podría ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en esso, sinó en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado, dijo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere, debe estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió don Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y

por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luis le rodearon, porque con el alboroto no se les fuesse. El barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros, don Luis daba voces á sus criados que le dejassen á él y acorriessen á don Quijote, y á Cardenio, y á don Fernando, que todos favorecian á don Quijote (donosa y excelente pendencia). El cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Mariornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molía al barbero: don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuesse, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendía: don Fernando tenia debajo de sus piés á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz pidiendo favor á la santa hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á don Quijote que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon y él prosiguió diciendo: No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha passado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo; acullá por el águila, acá

por el yelmo; y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues, vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz; porque por Dios todopoderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas: los cuadrilleros que no entendían el frasis de don Quijote, y se veían mal parados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querían sossegarse; el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y la albarda: Sancho, á la mas mínima voz de su amo, obedeció como buen criado: los cuatro criados de don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo, solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada passo le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de don Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del oidor y del cura, volvieron los criados de don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos; y en tanto que él con ellos se avenía, el oidor comunicó con su hermano, con don Fernando, Cardenio y el cura, qué debía hacer en aquel caso, contándosele con las razones que don Luis le habia dicho. En fin fué acordado que don Fernando dijese á los criados de don Luis quién él era, y cómo era su gusto que don Luis se fuesse con él al Andalucía, donde de su hermano el marqués seria estimado como el valor de don Luis merecia, porque de otra manera se sabia de la intencion de don Luis que no volveria por aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de don Fernando y la intencion de don Luis, determi-

naron entre ellos que los tres se volviessen á contar lo que passaba á su padre, y el otro se quedasse á servir á don Luis, y á no dejalle hasta que ellos volviessen por él, ó viessen lo que su padre les ordenaba: desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias, por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desassosiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sossegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediesse habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el que fué molido y pateado por don Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender á algunos delincuentes, traia uno contra don Quijote, á quien la santa hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, como Sancho, con mucha razon, habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de don Quijote traia venian bien, y sacando del seno unos pergaminos topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen letor, á cada palabra que leia ponía los ojos en don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado, quando recogiendo sus pergaminos, con la izquierda mostró el mandamiento, y con la derecha asió á don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: ¡favor á la santa hermandad! y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento donde se

contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura y vió como era verdad quanto el cuadrillero decia, y cómo convenian las señas con don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano maladrin, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huessos de su cuerpo, como mejor pudo él asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pependencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego su hija y Maritornes, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que passaba: ¡Vive el Señor! que es verdad quanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro, bien asidas tenian; pero no por esto cessaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen á ponerle atado, y entregárselo á toda su voluntad, porque assí convenia al servicio del rey y de la santa hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Refiase de oir decir estas razones don Quijote, y con mucho sossiego dijo: Venid acá, gente soez y mal nacida, saltar caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame! digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comuniqué el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado de ignoran-

cia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la existencia de cualquier caballero andante. Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; saltadores de castillos con licencia de la santa hermandad, decidme quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? quién fué el mentecato, vuelvo é decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciesse? qué castellano le acogió en su castillo que le hiciesse pagar el escote? qué rey no le asentó á su mesa? qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? y finalmente, qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

## CAPITULO XLVII.

*En que se da fin á la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote.*



N tanto que don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros cómo don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenían para qué llevar aquel negocio adelante,

pues aunque le prendiessen y llevassen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de don Quijote, sinó hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera lo soltassen trescientas. Con todo esso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo: en efecto tanto les supo el cura decir y tantas locuras supo don Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de don Quijote, y assí tuvieron por bien de apaciguarse, y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavia insistian con gran rencor en su pendencia: finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sinó del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura, á socapa, y sin que don Quijote lo entendiese, le dió al barbero por la bacía ocho reales, y él le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces, ni por siempre jamás, amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de don Luis se contentassen de volver los tres, y que el uno quedasse para acompañarle donde don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habian comenzado á romper lazos y á facilitar las dificultades en favor de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, por que los criados se contentaron de quanto don Luis queria, de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien

todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traía colgada el alma. El ventero, á quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero, pidió el escote de don Quijote, con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó don Fernando, puesto que el cidor, de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote habia dicho, sinó la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano: de todo lo cual fué comun opinion, que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de don Fernando. Viéndose pues don Quijote libre y desembarazado de tantas pependencias, assí de su escudero, como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y assí con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablasse palabra hasta que se levantara, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: Es comun proverbio, hermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso, pero en ningunas cosas se muestra esta verdad mejor que en las de la guerra, á donde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa, todo esto digo,

alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podría sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algún día: porque quién sabe si por ocultas y diligentes espías habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruirle, y dándole lugar sobrado se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Assí que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como dessea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la hermosa infanta, la cual con ademán señorial y acomodado al estilo de don Quijote le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el desseo que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuíta, bien assí como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi desseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra: disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dijo don Quijote; pues assí es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla, y ponella en su heredado trono; la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el desseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla,

Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despedámonos del castellano y destes señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra; ¡ay señor, señor, y cómo hay mas mal en el aldegüela que se suena! con perdon sea dicho de las tocas honradas. Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Dí lo que quisieres, replicó don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sinó que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo que ella dice no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Púsose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando alguna vez, á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus desseos, lo cual habia visto Sancho, y parecióle que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de reina de tan gran reino; y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho sinó dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priessa á que ensille á Rocinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será me-

¡Oh váleme Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió don Quijote oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ¡oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion! Vete de mi presencia, mostruo de naturaleza, depositario de mentiras, almarío de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: vete, no parezcas delante de mí, sopena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus piés la tierra y le tragara; y no supo qué hacerse sinó volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de don Quijote, dijo para temprarle la ira: no os despecheis, señor Caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y assí se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan

en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazón don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonalle y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio* antes que las tales visiones le sacassen de juicio. Don Quijote respondió que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió don Quijote, que si así fuera, yo te vengara entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude ni ví en quien tomar venganza de tu agravio. Dessearon saber los mas qué era aquello de la manta, y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le assegurara su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creía y lo afirmaba.

CAPITULO XLVIII.

*Del extraño modo con que fué encantado don Quijote de la Mancha.*

**OS** dias eran ya passados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote á su aldea, con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiessen el cura y el barbero llevarsele como desseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente don Quijote: y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el barbero, todos por orden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á don Quijote le pareciesse ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandíssimo silencio se entraron á donde él estaba durmiendo y descansando de las passadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó, con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visages, y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de

aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto como habia pensado que sucederia el cura, trazador desta máquina. Solo Sancho de todos los presentes estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron dos maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sinó el otro, que decia: ¡oh caballero de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque assí conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca paloma tobosina yoguiesen en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ¡oh el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices! no te desmaye ni descontente ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante; que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor,

y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te será pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo á donde yo me sé: y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acente, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: ¡oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado! ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sinó por cama blanda y tálamo dichoso; y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ó otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sinó á la possi-

bilidad mía. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas dos manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego sacaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

## CAPITULO XLIX.

*Donde se refiere el viage del encantado caballero de la Mancha, con otros famosos sucessos.*

UANDO don Quijote se vió de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dijo: Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamás he leído, ni visto, ni oído, que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y oscura nube, ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipogrifo, ó otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, ¡vive Dios que me pone en confusion! pero quizá la caballería y los encantos destes nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y tambien podria ser que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamientos, y otros modos de llevar á los encantados. Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo esso osaría afirmar y jurar que estas

visiones que por aquí andan, que no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió don Quijote: cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sinó de aire, y cómo no consiste mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado; y este diablo que aquí anda tan solcítico es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar, de media legua. Decia esto Sancho por don Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles desso, Sancho amigo, respondió don Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen no pueden oler á cosas buenas, sinó á malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quieran que están traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan á cosa buena; y si á tí te parece que esse demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniessse á caer del todo en la cuenta de su invencion, pues andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillasse á Rocinante, y enalbardasse el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que le acom-

pañassen hasta su lugar, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus ballestas; pero antes que se moviesse el carro salió la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban del dolor de su desgracia, á quien don Quijote dijo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que professan lo que yo professo; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante; porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vías destruir á los buenos. Pero con todo esso, la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroastro, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la da el sol en el cielo. Perdonadme, hermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he fecho, que de voluntad y á sabiendas jamás le fiz á nadie; y rogad á Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificallas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto passaban con don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y que-

daron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba don Quijote, asegurándole que no habria cosa que mas gusto le diesse que saberlo; y que él assí mismo le avisaría de todo aquello que él viesse que podria darle gusto, assí de su casamiento, como del bautismo de Zoraida, y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso Impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió que al principio de lo escrito decia: Novela de Rinconete y Cortadillo, por donde entendió ser alguna original, y coligió que pues la del Curioso Impertinente, habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuessen todas de un mismo autor, y assí la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuessen luego conocidos de don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro; y la órden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban dos cuadrilleros, como se ha dicho, con sus ballestas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno, llevando de la rienda á Rocinante: detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus perezosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las

verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como sinó fuera hombre de carne, sinó estatua de piedra, y assí con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminassen un poco mas, porque él sabia que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y assí tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sinó como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta que menos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente; y uno de los que venian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera? aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facineroso salteador, ó otro delincuente, cuyo castigo tocasse á la santa hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió ansí: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó don Quijote la plática y dijo: por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias,

y sinó no hay para qué me canse en decillas; y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero viendo que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuessè descubierto su artificio. El canónigo, á lo que don Quijote dijo, respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías que de las sùmulas de Villalpando; assí que, sinó está mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó don Quijote; pues assí es, quiero, señor caballero, que sepades que voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud, mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos: caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sinó de aquellos que á despecho y pesar de la mesma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosophistas la Etiopia, han de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazón el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sinó por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oistes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronce duros é impresos en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en oscurecerlas y la malicia en ocultarlas. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podía saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion ca-

veron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oír la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es, que assí va encantado mi señor don Quijote como mi madre; si tiene su entero juicio, y come, y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen, cómo, digo, si esto es assí, quieren hacerme á mi entender que va encantado? pues yo he oído decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura prosiguió diciendo: ¡ah señor cura, señor cura! pensará vuestra merced que no le conozco? y pensará que yo no calo y adivino á dónde se encaminan estos nuevos encantamientos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni á donde hay escasez la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la infanta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, assí de la bondad de mi señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor

le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adórame esos candiles, dijo á este punto el barbero; tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor que voy viendo que le habeis de hacer compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empeñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuesse; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si ínsulas desseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto mas gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien dallas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédesse aquí, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero á Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mesmo temor, habia el cura dicho al canónigo que caminassen un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo assí el canónigo, y adelantándose con sus criados y con él, estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus

sucessos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oír la peregrina historia de don Quijote, y en acabándola de oír dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, el principio de casi todos los mas que hay impresos, jamás me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual mas, cual menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro; y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues qué hermosura puede haber ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfenique? Y qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? como sea contra ellos el héroe del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de

entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. Pues qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatriz heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? Qué ingenio, sinó es del todo bárbaro é inculto podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierra del preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las describió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiesse que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que assí no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderíales yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso y possible. Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo passo la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en quien consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sinó que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion á formar una quimera ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera de esto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos

de ser desterrados de la república cristiana como á gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atención, y parecióle hombre de buen entendimiento, y que tenia razon en cuanto decia; y assí le dijo, que por ser él de su mesma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado casi todos los que don Quijote tenia, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos; y elocuente orador, persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados; maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer, pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado, bárbaro fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado, representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias del estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere; puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César,

la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon illustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo, y con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere possible á la la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destes libros, da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escribirse en prosa como en verso.

## CAPITULO L.

*Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.*

 SÍ es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escri-

tas mas de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oír disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion, pero con todo esto no he proseguido adelante, assí por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me lo quitó de las manos y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mesmo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, assí las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo esso el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen, y los actores que las representan dicen que assí han de ser, porque assí las quiere el vulgo, y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sinó para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos: deste modo vendrá á ser mi libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo; y aunque algunas veces he procurado persuadir á los actores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán y mas fama cobrarán representando comedias que sigan el arte que no con las

disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razon ni evidencia que dél los saque. Acuérdomé que un dia dije á uno destes pertinaces: decidme, no os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta de sus reinos, las cuales fueron tales que admiraron, agradaron y suspendieron á todos quantos las oyeron, assí simples como prudentes, assí del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros á los representantes ellas tres solas, que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced por La Isabela, La Filis y La Alejandra? Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran, y de agradar á todo el mundo: assí que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sinó en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fué disparate La Ingratitud Vengada, ni le tuvo La Numancia, ni se le halló en la del Mercader Amante, ni menos en La Enemiga Favorable, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado; y otras cosas añadí á estas, con que á mi parecer le deje algo confuso, pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazón el cura, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías, porque habiendo de ser la comedia, segun le parece á Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, é imágen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades, é imágenes de lascivia: porque qué mayor

disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y qué mayor que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde; un lacayo retórico, un paje consejero, un rey ganapan y una princesa fregona? Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan? sinó que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabara en América, y assí se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, cómo es possible que satisfaga á ningun mediano entendimiento que fingiendo una accion que pasó en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalem, y el que ganó la Casa Santa como Godofre de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sinó con patentes errores de todo punto inescusables? Y es lo malo, que hay ignorantes que dicen que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullurías. Pues qué si venimos á las comedias divinas? Qué de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto ni consideracion que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire y venga á la comedia: que todo esto es en perjui-

cio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos; y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues este se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual respondería yo, que este fin se conseguiría mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucessos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen y dicen verdad, que los representantes

no se les comprarían si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide, y que esto es una verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio destes reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama, y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiesse en la corte una persona inteligente y discreta que examinasse todas las comedias, antes que se representassen: no solo aquellas que se hiciessen en la corte, sinó todas las que se quisiessem representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrían representarlas; y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de passar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias y se conseguiria facilísimamente lo que en ellas se pretende, así el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos. Y si se diese cargo

á otro, ó á este mismo, que examinasse los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrían salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sinó de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion ni flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. A este punto de su colóquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero llegó á ellos, y dijo al cura: aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros, tuviessen los bueyes fresco y abundoso pasto. Assí me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y assí por gozar dél, como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuessen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujessen della lo que hubiesse de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á no tomar de la venta mas que cebada. Pues assí es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechossos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero

decir lo que passa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí cubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sinó embaido y tonto. Para prueba de lo qual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y verá cómo no va encantado, sinó trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender, es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado essa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja: y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuviesses el hilo de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de dónde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, qué quieres que diga ó piense, sinó que la manera de mi encantamento escede á cuantas yo he leído en todas las historias que tratan de caballeros andantes

que han sido encantados? Assí que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque assí son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; y es possible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto? Pero pues assí es, yo le quiero probar evidentemente cómo no va encantado: si nó dígame, assí Dios le saque desta tormenta, y assí se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos se piense. Acaba de conjurarme, dijo don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sinó con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como vuestra merced las professa debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió don Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y assí, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, si á caso despues que vuestra merced va enjaulado, y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse. No entiendo esso de hacer aguas, Sancho, aclárate mas si quieres que te responda derechamente. Es possible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa

que quiero decir si le ha venido gana de hacer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo, Sancho; y muchas veces, y aun ahora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

## CAPITULO LI.

*Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor don Quijote.*

 H! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor, podría negar lo que comúnmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sinó que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beben cuando se lo dan, y comen cuando lo tienen y responden á todo aquello que preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamientos, y podría ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que agora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer consecuencias: yo sé y tengo para mí que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaría muy grande si yo pensasse que no estaba encantado, y me dejasse estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á mu-

chos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben de tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que vuestra merced probasse á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo y aun á sacarle della, y probasse de nuevo á subir sobre su buen Rocinante; que tambien parece que va encantado segun va de malencólico y triste; y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras, y sinó nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuera vuestra merced tan desdichado ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó don Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas encantadas como don Quijote, sinó á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiesse que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iria tan limpia aquella prision como requería la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas, é irse donde jamás gentes le viessen.

Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todos, dijo el canónigo, y mas si él me dá la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando; quanto mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido le hará volver en volandas; y que pues esto era assí bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podía dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fé y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera: al verse fuera de la jaula, lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué á donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual desseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto don Quijote se apartó con Sancho á remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaba y respondía mostraba tener boníssimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías; y assí movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, él dijo: es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías,

que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la mesma mentira de la verdad? Y cómo es possible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turba multa de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamientos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes y finalmente tantos y tan disparatados casos como los libros de caballerías contienen? De mí se decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y á tener por verdaderas tantas necedades como contienen: y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traído á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor don Quijote, duélase de sí

mismo, y redúzcase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucia, un Diego García de Paredes Estremadura, un Garcí Perez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un don Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, pacado sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, de do segun he sabido trae vuestra merced su principio y origen. Atentísimamente estuvo don Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: paréceme, señor canónigo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan,

negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas. Todo es al pié de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazón el canónigo. A lo cual respondió don Quijote diciendo: añadió tambien vuestra merced que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de lectura leyendo otros mas verdaderos y que mejor deleitan y enseñan. Assí es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la mesma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan; porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadás las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta: porque qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á tal que es tanta verdad como es ahora de dia; y si es mentira, tambien lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el rey Artús de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del Santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristan y la reina Iseo, como los de Gine-

bra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quinafona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña; y es esto tan assí, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieta, se parece á la dueña Quinafona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona? pues aun hasta hoy día se ven en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta; y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan, tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cid, y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charní, llamado Mosen Pierres, y despues en la ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba, Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo desciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme assí mesmo que no fué á buscar las aventuras á Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Dígan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de Mosen Luis de Falces contra don Gon-

zalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extrangeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negasse careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y así mesmo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos describe; porque la verdad dello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia: á lo menos sinó lo eran, era razon que lo fuessen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la professan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babiaca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó don Qui-

jote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recibí, que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadis, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

## CAPITULO LII.

*Donde prosiguen las discretas altercaciones que don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucessos.*

**B**UENO está esso, respondió don Quijote, los libros que están impressos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y día por día que el tal caballero hizo ó tales caballeros hicieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame qué le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto, sinó léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Sinó dígame, hay

mayor contento que ver, como si dijésemos, que aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta negregura yacen: y que apenas el caballero no ha acabado de oír la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe dónde ha de parar se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece que el cielo es mas trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra la vista su verdura, y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, á donde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas blancas y

amarillas del caracol, puestas con orden desvariado, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor; de manera que el arte, imitando á la naturaleza, parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura; y hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos unguientos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos dicen que suele valer una ciudad, y aun más? qué es ver pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores destilada? qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual debe de alargar la mano? qué oír la música que en tanto que come suena, sin sa-

berse quién la canta ni adónde suena? y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si á caso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, advertido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme rey de algun reino, á donde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que á mi fé, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fé sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasion donde me hiciesse emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le

tengo muchos dias ha prometido: sinó que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo, trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme esse condado tan prometido de vuestra merced como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y assí haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sinó que luego me dessistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Esso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y assí suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé essas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviesse yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiesse, y haciendo lo quisiesse haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías essas, como tú dices, Sancho, pero con todo esso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó don Quijote: yo no sé que

haya mas que decir, solo me guio por el ejemplo que da el grande Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme, y assí puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el canónigo de los confabulados disparates que don Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del Lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leído, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho; y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba, y al mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, con la piel manchada de negro, blanco y pardo, tras ella venia un cabrero dándole voces, y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviesse ó al rebaño volviesse. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: ¡ah cerrera, cerrera! ¡manchada, manchada! y cómo andais vos estos dias de pié cojo! qué lobos os espantan, hija? no me diréis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser sinó que sois hembra, y no podeis estar sossegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga, que si

no tan contenta, á lo menos estareis mas segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar andáis tan sin guia y tan descaminada, en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os sosseguéis un poco, y no os acucies en volver tan presto essa cabra á su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural distinto por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sossegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuviessen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Esso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad, y la toquis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convidó, sinó os enfadais dello, y quereis, señores, un breve espacio prestarme oído atento, os contaré una verdad que acredite lo que esse señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió don Quijote: por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y assí lo harán todos estos señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren

y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharemos. Cedo la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres días, porque he oido decir á mi señor don Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan á salir della en seis días, y si el hombre no va harto, ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo don Quijote, vete á donde quisieres y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Assí la daremos todos á la nuestra, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que dicesse principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sossiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

CAPITULO LIII.

*Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á don Quijote.*

 RES leguas deste valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual había un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba; mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas; qué digo yo por las circunvecinas no mas? si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes, y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á imagen de milagros, de todas partes á verla venian. Guardábala su padre y guardábase ella, que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija, movieron á muchos, assí del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen desseo tenian fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen su-

cesso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion determinó decirselo á Leandra, que assí se llama la rica que en miseria me tiene puesto, advirtiéndole que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que les dejen escoger en cosas ruines y malas, sinó que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque voy con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Rosa, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doce años, un capitán que con su compañía por allí acertó á passar, y volvió el mozo de allí á otros doce, vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo

notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos trocados é invenciones dellos, que sinó se los contaran hubiera quien jurara que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de mas de veinte plumajes: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiesse visto, ni batalla donde no se hubiesse hallado: habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafios, segun él decia, que Garcilaso, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con vitoria, sin que le hubiessen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes rencuentros y facciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadíasele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y assí de cada niñería que passaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado pues, que aquí he pintado, este Vicente de la Rosa, este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oro-

pel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que assí el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél antes que en él naciesse persuasion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el desseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayessen en la cuenta de su desseo, ya ella le tenia cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre (que madre no la tiene) y ausentándose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo desta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el successo á toda la aldea, y aun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos, tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confessó sin apremio que Vicente de la Rosa la habia engañado, y debajo de su palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas vistosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella, mal advertida y mejor engañada, le habia creído, y robando á su padre se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte, y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella

cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiración á todos. Duro se nos hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaba, pues le habia dejado á su hija con la joya que si una vez se pierde no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo día que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sinó á su dessenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que en la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diesse; los míos en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos el poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertamos de dejar la aldea y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mías, passamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. A imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo

ejercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y apriscos; y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice, y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie, porque como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su desseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuena en los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo si saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que mejor y mas juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de qué quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil, y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas inciertas, de su fé rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones; y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta

es la historia que prometí contaros. si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazoadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.

## CAPITULO LIV.

*De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los diciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.*

ENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el cañónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano; y assí dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué don Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino porque vos la tuvierades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hicierades della á toda vuestra voluntad y talante, pero guardando las leyes de la caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno; aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor inten-

cionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sinó de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á don Quijote de tan mal pelaje y cadadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sinó el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el assombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo esso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimos bellaco, dijo á esta sazón don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno qué jamás lo estuvo la muy hi de puta, puta que os parió: y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la alhombra quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbábanselo el canónigo y el cura;

mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que delrostro del pobre caballero corria tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen á los perros cuando en pendencia están trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que le estorbaba que á su amo no ayudasse. En resolucion, estando todos en regocíjo y fiesta, menos los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de una trompeta, tan triste, que les hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que mas se alborotó de oírle fué don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: Hermano demonio, que no es possible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y don Quijote se puso en pié volviendo assí mismo el rostro á donde el son se oía, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de diciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian processiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriessse las manos de su misericordia y les lloviessse: y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trages de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas veces que los

habia visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto fuesse alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: agora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que professen la órden de la andante caballería: agora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los talones á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diesse Rocinante, se fué á encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué posible; ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: á dónde va, señor don Quijote? qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fé católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Virgen sin mançilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que debe. Fatigose en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba desseo de quietarse

un poco, y con turbada y ronca voz dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las ledanías, viendo la extraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razón que nos detengamos á oír cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó don Quijote, y es esta: que luego al punto dejéis libre á essa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la lleváis contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo que nací en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo passo adelante passe sin darle la desseada libertad que merece. Con estas razones creyeron todos los que las oyeron que don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reír muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de don Quijote, porque sin decir mas palabras, sacando la espada, arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de don Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibió en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes; con el trozo que le quedó en la manó dió tal golpe á don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza que jadeando le iba á los al-

cances, viéndole caído, dió voces á su moledor que no le dicesse otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que le detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sinó el ver que don Quijote no bullia pié ni mano, y assí creyendo que le habia muerto, con priessa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de don Quijote á donde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas; temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotos, empuñando las diciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el assalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaban, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojar sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sossiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era don Quijote, y assí él como toda la turba de los diciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lagrimas en los ojos decia: ¡oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ¡oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos trece dias de servicio me tenias mandada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡oh humilde con

los humildes, y arrogante con los soberbios; acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin tacha, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primer palabra que dijo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme encima del carro encantado, que ya no estoy para oprimir la silla de Rocinante, por que tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvámonos á nuestra aldea en compañía destes señores que su bien dessean, y allí daremos orden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió don Quijote, y será gran prudencia dejar passar el mal influjo de las estrellas que agora corre. El canónigo, y el cura, y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia, y assí habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á don Quijote en el carro como antes venia; la procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia. El canónigo pidió al cura le avissase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y barbero, don Quijote y Panza con el rucío y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de don Quijo-

te, á donde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á la ama y á la sobrina de que su tío y su señor venia flaco, y amarillo, y tendido sobre un monton de heno, y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oír los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á don Quijote por sus puertas. A las nuevas desta venida de don Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno. Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme agora, amigo, qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? qué saboyana me traéis á mí? qué zapatitos á vuestros hijos? No traigo nada desso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de mas momento y consideracion. Desso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme essas cosas de mas consideracion y mas momentó, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por agora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sinó de la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos

menester. Mas decidme, qué es eso de ínsulas que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y aun te admirarás de oírte llamar señoría de todos tus vasallos. Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Teresa Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho, aunque no eran parientes, sinó porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de de sus maridos. No te acucies, Teresa, por saber todo eso tan apriessa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir así de passo, que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante, buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviessas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucessos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar, ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas passaron entre Sancho Panza y Teresa Panza, su mujer, en tanto que el ama y sobrina de don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviesse gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviessen alerta de que otra vez no se les escapasse, contando lo que habia sido menester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiesse en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron

confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tío en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, á lo menos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que don Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad se hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara ni supiera si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, qué, segun él dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mesmo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sinó que le den el mesmo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, sinó tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA,

LUGAR DE LA MANCHA,

EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

á la sepultura de don Quijote.

EPITAFIO.

*El calvatuerno que adornó á la Mancha  
De mas despojos que Jason decreta:  
El juicio que tuvo la veleta  
Aguda, donde fuera mejor ancha:  
El brazo que su fuerza tanto ensancha.  
Que llegó del Catay hasta Gaeta,  
La mussa mas horrenda y mas discreta  
Que grabó versos en broncea plancha:  
El que á cola dejó los Amadises,  
Y en muy poquito á Galaores tuvo,  
Estribando en su amor y bizarria:  
El que hizo callar los Belianises,  
Aquel que en Rocinante errando anduvo,  
Yace debajo desta losa fria.*

---

DEL PANIAGUADO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA

in laudem Dulcineæ del Toboso.

SONETO.

*Esta que veis de rostro amondongado,  
Alta de pechos y ademan brioso,  
Es Dulcinea, reina del Toboso,  
De quien fué el gran Quijote aficionado.  
Pisó por ella el uno y otro lado  
De la gran sierra Negra, y el famoso  
Campo de Montiel, hasta el herboso  
Llano de Aranjuez á pié y cansado:  
(Culpa de Rocinante.) ¡Oh dura estrella!  
De esta manchega dama, y este invito  
Andante caballero en tiernos años.  
Ella dejó muriendo de ser bella,  
Y él, aunque queda en mármoles escrito,  
No pudo huir de amor, iras y engaños.*

DEL CAPRICHOSO, DISCRETÍSSIMO ACADÉMICO

DE LA

ARGAMASILLA

en loor de Rocinante, caballo de don Quijote de la Mancha.

SONETO.

*En el soberbio trono diamantino,  
Que con sangrientas plantas huella Marte,  
(Frenético) el manchego, su estandarte  
Tremola con esfuerzo peregrino*

*Cuelga las armas y el acero fino,  
Con que destroza, asuela, raja y parte:  
(Nuevas proezas) pero inventa el arte  
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.  
Y si de su Amadis se precia Gaula,  
Por cuyos bravos descendientes Grecia  
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,  
Hoy á Quijote le corona el aula  
Do Belona preside, y dél se precia  
Mas que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.  
Nunca sus glorias el olvido mancha,  
Pues hasta Rocinante en ser gallardo,  
Excede á Brilladoro y á Bayardo.*

DEL BURLADOR ACADÉMICO ARGAMASILLESCO

á Sancho Panza.

SONETO.

*Sancho Panza es aqúeste en cuerpo chico,  
Pero grande en valor: ¡milagro extraño!  
Escudero el mas simple y sin engaño  
Que tuvo el mundo, os juro y certifico:  
De ser conde no estuvo en un tantico,  
Sinó se conjuraran en su daño  
Insolencias y agravios del tacaño  
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.  
Sobre él anduvo, con perdon se miente,  
Este manso escudero, tras el manso  
Caballo Rocinante y tras su dueño.*

*¡Oh vanas esperanzas de la gente,  
Como pasáis con prometer descanso,  
Y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!*

DEL CACHIDIABLO ACADÉMICO  
DE LA  
ARGAMASILLA

en la sepultura de don Quijote.

EPITAFIO.

*Aquí yace el caballero  
Bien molido y mal andante,  
A quien llevó Rocinante  
Por uno y otro sendero.  
Sancho Panza el majadero  
Yace también junto á él,  
Fue el escudero mas fiel  
Que vió el trato de escudero.*

DEL TIQUITOC ACADÉMICO  
DE LA  
ARGAMASILLA

en la sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

*Reposa aquí Dulcinea,  
Y aunque de carnes rolliza,  
La volvió en polvo y ceniza  
La muerte espantable y fea.*

*Fué de castiza ralea,  
Y tuvo asomos de dama;  
Del gran Quijote fué llama,  
Y fué gloria de su aldea.*

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarasse. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigili-  
as y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacallos á luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

*Forse altri canterà con miglior plettro.*

FINIS.

# FÉ DE ERRATAS.



Pág.	Línea.	DICE.	LÉASE.
22	19	arrimada	arrendada
26	4	denuendo	denuedo
31	14	días	horas
38	6	caballo	caballero
57	18	temerosa y desconsolada señora	temerosas y desconsoladas señoras
73	20	que	quien
118	5	ventanas	ventas
150	15	Aunque	Aunque
156	35	partor	pastor
163	5	las	les
212	11	gastara	gustara
222	35	ducel	dulce
228	23	faluno	fulano
270	1	calle, las	calle, y por las
295	23	desseos	desseosos
475	30	resoluncion	resolucion
434	8	todos cuchillo	todos á cuchillo





